

FENÓMENO PSÍQUICO

peter kapra

R. CORTIELLA

PETER KAPRA

Fenómeno psíquico

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

PORTADA: R. CORTIELLA

primera edición — diciembre 1972

Depósito Legal B. 46578 -1972

Printed in Spain - impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau. 20 - Barcelona

«Estoy persuadido de que el verdadero
contorno de nuestro cuerpo
puede prolongarse mucho más allá
de sus límites físicos.»

Alexis Carrel, «La Incógnita del Hombre».

Capítulo Primero

La sorprendente e increíble historia de Herb Bleine pudo empezar así:

—Lo siento, señor Walker... No me encuentro bien.

En efecto, el joven empleado de «Mulvane Car Supplies Ltd. » estaba lívido, trémulo y febril. No hacía falta ser médico para darse cuenta.

— ¡Canastos, Herb! ¿Qué te pasa?

— No lo sé, señor Walker... Siento escalofríos, mareos... Nunca me he sentido así.

Herb Bleine jamás había faltado al trabajo por una indisposición. Posiblemente, ya no se sentía bien cuando acudió aquel lunes por la mañana, como de costumbre, al establecimiento. Era puntual como un cronómetro.

— Es mejor que te vayas a casa, Herb. Dick ocupará tu puesto —dijo Mr. Walker, comprensivo—. Avisa inmediatamente al médico.

— Sí, señor... Gracias.

— ¿Quieres que te acompañe alguien?

— No será necesario, señor Walker. Gracias de todos modos.

El joven Bleine abandonó el despacho, cruzó el establecimiento y se dirigió a la calle. Uno de los empleados, Sam Harper, se le acercó y le dijo:

— ¿Te llevo en la furgoneta, Herb?

— No, no... Pasaré por la consulta del doctor Finney... Me siento abatido. Debe ser un enfriamiento. Ayer estuve en Crowell, con Marie. Nos bañamos en el río y hacía un poco de fresco.

— ¡No será nada, Herb! Que te mejores.

Herb salió a la calle. Le pareció raro moverse allí a media mañana. Pero el sufrimiento y el mareo no le permitió gozar de aquella impresión de libertad.

Caminó despacio, arrimado a los muros de los establecimientos, como si quisiera apoyarse en ellos, en un momento de desmayo. Se sintió temblar y se detuvo para tocarse la frente, que notó calenturienta.

Apresuró el paso.

Mulvane no era una gran ciudad. Casi todos sus comercios de importancia estaban situados en High Street, que era travesía de la carretera general de Wichita a Winfield. A derecha e izquierda, letreros multicolores anunciaban almacenes, restaurantes, bancos, supermercados y hoteles, entre otros muchos negocios.

En la esquina de Cooper Street estaba la parada del autobús que, normalmente, tomaba Herb para ir a su casa. Enfrente de esta parada, en la delegación de «Rosix & Karman», trabajaba Marie, su novia. Ella tomaba el autobús en la estación 3. Vivía en el número 200 de Altman Road. Él la esperaba junto al conductor y se sentaban juntos, para hacer el resto del trayecto, como aquel día.

Por cierto, al besarse, Marie había notado algo raro en él aquella

mañana.

»—¿Qué te ocurre, Herb? ¿No te encuentras bien?

»—No. Me he notado algo... No he dormido bien... Creo que ayer me resfrié.

»— ¡Te dije que no te bañaras! ¡Eres como un chiquillo, Herb!

¡Era la primera vez que Marie le llamaba así! Él sonrió y no respondió. Los lunes, después del fin de semana, todo el mundo se sentía un poco apagado. La semana prometía ser larga y monótona. La rutina del trabajo era agobiante, al parecer; luego, sin embargo, los días pasaban aprisa. El refrigerio era breve y agradable. Marie llegaba siempre primero y pedía cubiertos para dos. Herb se retrasaba unos minutos por estar algo más lejos que Marie del «Connie». Era media hora amable diariamente, a pesar del ruido y del apresuramiento, que por la tarde, a las cinco, se convertía en dos horas de paseo, sin prisas, hasta el 200 de Altman Road, donde solían quedarse un rato charlando todavía, pese a las continuas llamadas de la señora Dewey, que siempre tenía cosas que encomendar a su hija mayor.

Vida normal de gente sencilla, en una población del Medio Oeste.

Todo iba a cambiar pronto de modo extraño, sobrenatural, increíble y portentoso. Mulvane iba a figurar en breve como cabeza de cartel en todos los medios informativos del país y del mundo entero. Y esto se debería al, hasta entonces insignificante empleado de «Mulvane Car Supplies Ltd.», Herb Bleine, en quien sólo había reparado Marie Dewey, después de verle meses enteros, día tras día, contemplándola disimuladamente en el autobús que les conducía cada mañana al trabajo.

Herb Bleine era hijo único de un matrimonio humilde, de las afueras de la población. Con gran esfuerzo habían logrado poseer una casita, rodeada de jardín. El padre de Herb, empleado de un cine al aire libre en verano y del «Kansas Theatre» en invierno, no pudo hacer mucho por su hijo, al que mantuvo hasta los dieciocho años en el High College. Le hubiera gustado enviarle a la Universidad, pero sus ingresos no se lo permitieron. En vez de estudiar una carrera, Herb tuvo que buscar un empleo, que primero fue de veinte dólares semanales y ahora ascendía a veintisiete con cincuenta. En Mulvane no había muchas posibilidades. Pero para los Bleine era una ayuda el pequeño sueldo de Herb, debido que el cine donde trabajaba el padre era un negocio poco lucrativo.

Herb no estaba satisfecho de su suerte. Ahorraba poco. Su boda con Marie se había fijado a largo plazo. Ella tampoco vivía desahogadamente.

Sin embargo, todo esto iba a carecer de importancia dentro de poco, porque en el consultorio del doctor Finney, un médico de edad, calmoso y jovial, se había recibido un medicamento nuevo, que llevaba el nombre de «Sulfipropax», recomendado por unos prestigiosos laboratorios farmacéuticos de Nueva York, en donde alguien había cometido un imperdonable error, como más tarde se averiguaría.

¿Qué fue lo que ocurrió?

Sencillamente, a Herb Bleine le administraron un sorprendente alucinógeno, de composición totalmente distinta a lo que marcaba el prospecto y él, obedeciendo la prescripción médica, se lo tomó hasta liquidar el frasco.

¡Y lo que Herb tomó se desintegró en su organismo, aliviándole del estado febril en que se encontraba, por supuesto, pero ocasionándole un fenómeno psíquico de importancia universal en el terreno de la psiquiatría!

* * *

Sin dejar de charlar de la pesca, el doctor Finney tomó el pulso a Herb y luego, con las yemas de los dedos, le rozó la frente:

— ¡Ya lo creo que picó! ¡Era un salmón de dos kilos y medio! ¡Qué ejemplar! ¡Me dobló la caña hasta el extremo de que temía que se partiera! ¡Uno no está ya como en sus buenos tiempos, pero aguanté a pie firme! ¡Y hasta se me ocurrió llamar a Mae, pero lo rechacé! ¡Un buen pescador no pide jamás ayuda...! —Finney se sentó detrás de su mesa—. Esto no es nada, muchacho. Un enfriamiento vulgar y corriente. Tres o cuatro días en cama y... Voy a recetarte... ¡Ah, cuando yo vi el pez coleando fuera de las rápidas aguas del río! ¡Te confieso que jamás había sentido mayor alegría en mi vida...! ¿Trabajas en «Car Supplies», eh...? Aguarda, te evitaré pasar por la farmacia. Aquí tengo algo que recibí el otro día. El prospecto es adecuado... ¡Aquí está! «Sulfipropax». Tómate tres pastillas al día. Contiene doce. Justo. Cuatro días de cama. Al quinto, estarás como nuevo... ¡Y no te costará un centavo! Ea, asunto concluido. Dale recuerdos a tu madre, Herb.

— Muchas gracias, doctor Finney —dijo Herb tomando la caja con el medicamento.

Herb estrechó la mano del médico-pescador y salió del consultorio, pasando ante los pacientes que esperaban en el recibidor, a los que saludó brevemente. Parecía como si la locuaz consulta del médico le hubiera aliviado un poco.

Y casi se sentía bien cuando tomó el autobús para irse a su casa. Pete Gainsborough, el conductor, se extrañó de verle subir a aquella hora.

— ¡Eh, Herb! ¿Te han despedido?

— Calla, Pete. No digas eso. No me encuentro bien y me han autorizado a dejar el trabajo. Conduce con cuidado, que me mareo.

— ¡Vaya, lo siento! ¿Qué te ha dicho el médico?

— Enfriamiento. Me ha dado un «curalotodo» que me tendrá cuatro días sin jugarme la vida en tu autobús.

— ¡Jamás en mi vida he estado enfermo! —exclamó Pete Gainsborough, poniendo en marcha el autobús.

— Algún día te saldrá todo —habló una mujer, que regresaba de la compra—. Mi Albert decía lo mismo. Nunca enfermo. Pero desde que cumplió los cuarenta no sale del hospital.

— Esa enfermedad es muy corriente, señora Lowell — replicó el conductor —. Les ocurre a todos los viejos.

— ¡Mi Albert no es ningún viejo! —protestó la viajera.

Herb, ajeno a la conversación, ni siquiera observó el tono áspero de conductor y pasajera. Por suerte, la mujer bajó pronto. Pete Gainsborough estaba a punto de pasar al terreno personal.

No había mucho pasaje a media mañana. Y Pete, en consideración a Herb, le llevó hasta la misma puerta de su casa, donde no había parada reglamentaria.

— Gracias, Pete... Hasta pronto.

— ¡Que sea leve, Herb!

El padre de Herb acababa de levantarse. Se iba tarde a dormir y no trabajaba por las mañana. Se alteró al ver a su hijo. Dejó el periódico y se puso en pie.

— ¡Herb! ¿Qué haces aquí?

— No es nada, papá... Me he sentido un poco indispuesto... Fiebre y escalofríos... He ido a ver al doctor Finney y me ha dado unas pastillas. ¿Dónde está mamá?

— Ha ido al mercado... Ven, te ayudaré a meterte en la cama... ¡Vaya una contrariedad! ¿Qué hiciste ayer? ¡Claro, vosotros, los jóvenes, creéis que sois de hierro! Seguramente corriste, bebiste algo fresco y, ¡ya está!

— Lo siento, papá —musitó Herb en voz baja—. No te preocupes. ¿Puedes traerme un vaso de agua? El doctor Finney me ha dado estas pastillas.

El padre de Herb tomó la caja y la examinó brevemente.

— Bueno, si el doctor Finney lo ha dicho...

Herb se dirigió al pasillo y abrió la puerta de su cuarto. Todo había sido cuidadosamente ordenado por la madre antes de irse al mercado.

El joven sólo tuvo que abrir el cajón del armario y sacar un pijama limpio, de color azul, que echó sobre el lecho. Luego empezó a desvestirse.

Su padre llegó con el vaso del agua, que dejó sobre la repisa del cabezal del lecho, junto a la caja de píldoras. Ayudó a Herb a echarse en la cama, una vez se puso el pijama y destapó el frasco de las píldoras, que lucía el membrete de «Sulfipropax».

— ¿Ha dicho el doctor Finney si vendrá a verte? — preguntó el señor Bleine, mientras Herb tomaba la primera píldora, de un color rosado, e ingería un sorbo de agua.

— Me ha dicho que no es nada, que debo guardar cama cuatro días.

— ¡Ayer te enfriaste! — sentenció el padre con dedo acusador—. No valía la pena hacer cien millas para ponerse enfermo.

Herb no contestó. Se tapó hasta el cuello y entornó los ojos. Pensó en que Marie le estaría esperando inútilmente a la hora de la comida.

— Papá, ¿quieres llamar a «Rosix & Karman» y decírselo a Marie? Irá al «Connie» y no me encontrará. Siempre me espera...

— Sí, descuida. Tu madre pondrá el grito en el cielo. La advertiré que no te moleste. Descansa.

— Gracias, señor Bleine —dijo Herb, sonriendo.

Oyéndose llamar cariñosamente por el apellido, como cuando Herb bromeaba, el padre fue a la ventana y entornó los postigos. Luego, despacio, abandonó la alcoba y cerró cuidadosamente la puerta.

* * *

Herb Bleine tuvo la sensación confusa y desagradable de que su cerebro se iluminaba. Incluso creyó ver la luminosidad dentro de su propia mente.

Debió agitarse, inquieto. Nadie está habituado a fenómenos tan impresionantes. Ignoraba estar despierto o dormido. Creía soñar, pero no estaba seguro de que el primer síntoma de su fenómeno psíquico se produjera de noche o de día.

Más tarde, cuando se repasó cuidadosamente todo lo que hizo, se estableció que la «iluminación mental» se inició a media tarde, poco antes de que su madre y Marie Dewey entraran en su cuarto a ver cómo se encontraba, despertándole de su estado semiletárgico.

Herb se sobresaltó al oír el chirrido de la puerta que su padre había prometido engrasar y que no hizo.

— ¡Mamá! ¿Estás ahí? —preguntó él.

— Sí, hijito —dijo la señora Bleine, entrando en la alcoba.

Marie, por el contrario, se quedó tímidamente en la puerta. Era la primera vez que se asomaba a la habitación de su novio. En realidad, sólo había ido tres veces a casa de los Bleine.

Herb parpadeó cuando su madre encendió la luz y se sentó al borde del lecho, diciendo:

— Pase usted, señorita Dewey.

— ¿Estás ahí, Marie? —preguntó Herb.

— Sí. He estado muy preocupada desde que me llamó tu padre —replicó ella, entrando despacio y mirando el cuerpo tendido en el lecho.

Herb sonrió y alargó la mano a su novia.

— Me alegro de que hayas venido... ¡Oh, mamá, qué sensación más angustiosa!

— Eso es debido a tu estómago vacío, hijito. No has probado bocado en todo el día. Te prepararé algo mientras Marie está aquí. Dicen que todos los males se calman con una buena comida.

— No... No tengo apetito.

— ¡Tomarás budín y un vaso de leche! ¡Vaya que sí! —exclamó la señora Bleine, enérgica.

—¿Qué hora es, Marie?

—Las seis y media. He pasado por casa para decir a mamá que venía a verte. Te envía sus saludos. ¿Verdad que te lo dije ayer, Herb Bleine?

— ¿Qué me dijiste?

— Que no te bañaras en el río.

— ¿Y no pudo sentarme mal algo de lo que llevaste de merienda?

— ¡Oh, ingrato, desagradecido! — exclamó la joven, cuyos ojos verdes se abrieron de modo extraordinario— ¡Yo comí lo mismo que tú y no me pasó nada!

— Está usted acostumbrando mal a mi pequeño Herb, señorita Dewey. Habré de reñirle.

— ¡Pero señora Bleine, yo no hice...!

— ¡Basta, mamá! — medió Herb, conciliador —. Son cosas inevitables. Hay mucha gente que se pone enferma en este tiempo. El clima es muy variable.

La señora Bleine acercó la silla donde Herb solía colgar sus pantalones y Marie se sentó.

— ¿Has sentido tú alguna vez como si tuvieras luz en el cerebro? — preguntó Herb, de pronto, mirando a su prometida.

— ¿Luz en el cerebro? ¿A qué viene eso?

— He percibido esa sensación... Debía estar dormido. ¿Qué tontería, eh? ¿Cómo has pasado el día? ¿Mucho trabajo?

— ¡Oh, terrible! El señor Karman ha llegado de un humor endiablado, por culpa del ladrón solitario que asaltó el banco de Kansas, en Wichita, el jueves pasado.

— ¿Y qué tiene que ver el señor Karman con eso?

— El ladrón se llevó unos talones de nuestra delegación en Wichita. Ya te lo expliqué. Esos talones nos han causado trastornos. En la oficina lo tenemos todo medido y calculado. Cuando algo se aparta de la rutina, ¡se arma el lío!

»Y ahí tienes al señor Karman, al señor Lee y a la señorita Rosenberg de un humor de perros por culpa de un vulgar ladrón de bancos, al que la policía no logra encontrar. ¡Si al menos hubiera enviado los talones por correo, dado que no le sirven para nada!

Herb sonrió.

— Claro, no puede venir a Mulvane a cobrarlos. Pero eso no es complicación: se anulan y asunto arreglado.

— ¡Ah, no creas que es tan fácil! En «Rosix & Karman» se lleva una contabilidad rigurosa. La anulación de un cheque debe quedar perfectamente detallada, y hay que rellenar un montón de impresos... ¿Qué te ocurre, Herb?

La expresión del enfermo se había alterado de pronto. Miraba hacia el techo, con ojos desvaídos, inexpresivos. Y de sus labios surgieron unas incoherentes palabras:

— «Hotel Ramsay», habitación 34... Dan... Dan Jamesson... El dinero y los cheques están debajo del armario, en una caja de zapatos... Hay treinta y seis mil dólares...

— ¿Qué estás diciendo? Herb? —preguntó Marie, levantándose y

acercándose a él.

— ¿Eh? ¿Qué he dicho? ¡No sé qué me ocurre, Marie! ¡En mi cerebro ocurre algo extraño! ¡Debe ser la fiebre! Alcánzame esas píldoras que hay en la repisa... Y el vaso de agua.

Marie Dewey dio el frasco a Herb, quien ingirió la segunda píldora rosada del fármaco que llevaba el nombre de «Sulfipropax». Luego, bebió un poco de agua.

— ¿Qué es lo que has querido decir, Herb?

— Disculpa... No tiene sentido... Ha sido un pensamiento idiota. ¿Por qué he de saber yo dónde se encuentra el hombre que busca la policía?

Capítulo II

El comisario Vincent Sheeffrey, jefe de la policía de Mulvane, estaba de un pésimo humor, aunque esto era habitual en él. Una úlcera duodenal fruto de su estancia en Saigón años atrás, donde bebía muchísimo, y una mujer agria como el vinagre, con quien tuvo la desdicha de contraer matrimonio, y que le había dado seis hijos, le provocaban aquellos continuos arrebatos de ánimo. Aparte de esto, que mantenía siempre con el alma en vilo a los agentes a sus órdenes, el comisario Sheeffrey era un funcionario sagaz, hábil y competente, como sabían muy bien los escasos delincuentes habituales de Mulvane.

Por este motivo Sheeffrey había sido elegido para el cargo público que desempeñaba durante tres veces seguidas, lo que era una marca en la policía local. Y hasta se rumoreaba que el comisario tenía intención en presentar su candidatura para alcalde en las próximas elecciones.

Alguien se había llevado las manos a la cabeza.

— ¿Sheeffrey, alcalde? ¡No, cielos! ¡Es preferible un ciclón antillano! ¡Que siga de comisario hasta la jubilación, pero que no entre en el Ayuntamiento!

Con un carácter como el suyo, sólo un hombre de la categoría de Casius Karman podía llamar por teléfono y decirle:

— ¡Hola, comisario Sheeffrey! ¿Cómo está? —El gruñido del funcionario hizo apresurar al comerciante—: Soy Mr. Karman, de «Rosix & Karman».

— Le he reconocido, señor Karman — replicó Sheeffrey—. ¿Qué puedo hacer por usted?

— Verá, comisario, que llamo por algo relacionado con el robo del Kansas Bank, el jueves pasado. Un cliente nuestro ingresó un talón en ese banco para que fuese transferido a nosotros... Bueno, el salteador se llevó el talón.

— ¡Ya! —masculló Sheeffrey distraídamente, mirando a la calle a través de la ventana, donde un camión había efectuado una mala maniobra, en un cruce próximo a la comisaría — ¡Estúpido!

— ¿Cómo? —exclamó la voz de Casius Karman por teléfono.

— Disculpe, señor Karman... ¡Es ese maldito camión de Wender, tendré que retirarle la licencia! ¡Estoy viendo la calle y ha hecho una maniobra de intercepción de tráfico!

— ¡Ah! Bueno, como le decía... Tengo aquí a una empleada nuestra que me ha dicho algo sorprendente,

— ¿Han recibido el talón en un sobre sin remite? — preguntó el comisario.

— No, no se trata de eso. Yo no creo en la adivinación ni todos esos cuentos de poderes extrasensoriales... ¡Tome buena nota de esto, comisario! No quiero hacer el ridículo.

Vincent Sheeffrey empezó a perder la paciencia y a tamborilear con un bolígrafo de veinticinco centavos que tenía en la mano.

— ¿De qué... me habla, señor Karman? —Estuvo a punto de soltar un taco.

— Pues mi empleada ha dicho que su novio citó ayer el lugar en donde se encuentra el atracador y el dinero robado en el Kansas Bank... ¿Qué cómo lo sabe? ¡Ah, premonición! Tome nota, comisario. El tipo se llama Dan Jamesson, y parece ser que se encuentra escondido en la habitación 34 del «Ramsay Hotel». El dinero está en una caja de zapatos, bajo el armario... ¡Y ha dicho que contiene treinta y seis mil dólares!

Sheeffrey dio un puñetazo sobre la mesa.

— ¡Basta, señor Karman; ni su tiempo ni el mío están para bobadas de ese tipo! ¡Yo tampoco creo en adivinadores! Pero dígame quién es el novio de su empleada y le abriré una ficha... ¡No quiero embaucadores ni pitonisos en la ciudad! ¡Si hay alguien engañando a nuestros contribuyentes con trucos de adivinación y sacándole los cuartos a la gente, le meteré en una celda durante tres meses!

— Se trata de Herbert Bleine, un empleado de la «Mulvane Car Supplies Ltd.», señor comisario. Mi empleada no ha querido decir que él esté seguro de lo que ha dicho. Pero ¿no le parece raro que sepa todos esos datos?

— ¿Raro? ¡Hay gente que tiene varios tornillos sueltos y ganas de burlarse de las autoridades, como si aquí no tuviéramos nada que hacer! No se meta en esto, Karman. La policía de Wichita tiene excelentes funcionarios. Si no han agarrado ya a ese tipo, deben estar cerca. Conozco al comisario Forber y sé que sabe dirigir el Departamento Criminal... — Vincent Sheeffrey se detuvo de pronto—. El «Ramsay Hotel» está en Wichita, ahora lo recuerdo.

— Yo no lo sé. Marie me lo ha traído todo escrito en una nota... Incluso el nombre del forajido... Dan Jamesson.

— Aguarde un momento, señor Karman — dijo Sheeffrey, pulsando un botón del interfono—. Bill, ¿quieres mirar el fichero y ver si hay algún tipo llamado Dan Jamesson?... ¡No, local no! ¡Conozco a todos los ciudadanos de Mulvane!... Avísame si lo encuentras... Bueno, señor Karman. Sé que todo es un puro disparate. Pero no quiero que piense que aquí no atendemos a los ciudadanos. Déme esas señas y las pasaré a Wichita.

Casius Karman repitió los nombres y luego agradeció al comisario su atención.

— Téngame al corriente si consiguen algo. Nos interesa recuperar ese talón. Es cuestión administrativa — terminó diciendo.

— Sí, sí,... Gracias, señor Karman —Vincent Sheeffrey colgó el auricular y añadió, entre dientes—: ¡Imbécil! ¡Premoniciones y adivinos! ¡Valiente partida de cretinos! ¡Y vaya un modo de colaborar con la policía! ¡Brrrggg!

Sin embargo, a los pocos minutos, por el interfono, le llamaron del archivo.

— ¡Sí, jefe! Aquí tenemos a este tipo... Dan Jamesson, alias Dick Donald, alias Andy L. Porter, y no sé cuántos nombres más. ¡Una pieza de cuidado! Robo, asalto, asesinato y evasión. Se fugó de Lansing, matando a un guardián, hace un año. Entonces se hacía llamar Buddy Ronald.

— ¡Caramba con el samaritano! ¿No ha estado jamás aquí?

— No. Le buscan hasta los del F. B. I.

— Está bien, Bill. Gracias.

El comisario Sheeffrey se retrepó en su asiento con el ceño fruncido. Estuvo un rato mirando a la calle, a las gentes que pasaban por la acera de enfrente y a los coches. Repiqueteó con el bolígrafo sobre la carpeta y, de pronto, alargó la mano y descolgó el auricular.

— Judith, por favor, póngame con el comisario Forbes, de Wichita. Sí, espero. Gracias — Sheeffrey pensó en que estaba haciendo el ridículo. ¿Cómo decir a su colega que un estúpido adivino sabía dónde se encontraba un temible forajido que buscaban por todo el país? ¿No se iba a burlar de él? Y casi estuvo a punto de colgar el teléfono, pensando en el ridículo que haría si la información, como suponía, resultaba falsa. Pero la comunicación se estableció casi en el acto y Sheeffrey se encontró con la respuesta en su oído —. ¿Forbes?

— Sí. ¿Qué hay, Sheeffrey?

— Escucha. No te enfades conmigo. Dirás que soy un bobo por hacer caso a ciertos tipos. ¿Se sabe quién asaltó el Kansas Bank?

— No. Pero tenemos una pista. ¿Sabes algo?

— No. Es una tontería, Forbes. Me acababa de llamar por teléfono y me han dicho que el banco lo asaltó Dan Jamesson, al que podéis encontrar en el «Ramsay» Hotel, habitación 34.

— ¿Un chivatazo?

— ¡Oh, no; mucho peor! ¡Un adivino!

— ¡Por el cielo, Sheeffrey! ¿Qué te ocurre?

— Me han dicho que el dinero está en una caja de zapatos, debajo de un armario. Hay treinta y seis mil dólares.

— ¡Alto, Sheeffrey! ¿Quién te ha dicho eso? ¡Ésa es la cantidad exacta, pero nosotros dijimos cincuenta y ocho a los periodistas! Ya sabes. A veces, si hay cómplices, riñen por nimiedades como ésa.

— Sí, sí — comentó Sheeffrey, empezando a sentirse inquieto —. Lo sé. ¿Por qué no envías unos hombres al «Ramsay» Hotel?

— Lo haré, ¡claro! Pero ¿no te parece raro? ¿Es de ahí el denunciante?

— Bueno, sí. Puede que haya complicidad. Pero no aventuremos conclusiones. Llámame en cuanto sepas algo.

— De acuerdo, Sheeffrey.

* * *

Vincent Sheeffrey continuaba sin creer en percepciones extrasensoriales. Posiblemente, ni siquiera sabía lo que esto significaba. Pero nada más recibir la llamada de Wichita, dio un salto en su asiento y salió de estampida del despacho. Antes de llegar a la calle, ya había dado instrucciones a sus hombres.

— ¡Localizar el domicilio de un tal Herbert Bleine, que trabaja en «Car Supplies Ltd.» y comunícamelo por radioteléfono, Andy! ¡Llama a los coches dos y cinco! ¡Y al tres también! ¡Que vayan a esas señas! ¡Llama también al juez Murphy y que firme una orden de arresto contra él, por presunta complicidad en el robo del Kansas Bank!

En la calle, Vincent Sheeffrey todavía continuó dando órdenes por radioteléfono, ya dentro de su coche, a la espera de poder indicar al chófer el lugar adonde debía dirigirse.

— ¡Y llama al señor Karman, de «Rosix & Karman», rogándole que acuda cuanto antes a mi despacho, con su empleada!

— ¿Qué empleada, comisario? — preguntó el agente de enlace radiofónico.

— ¡El señor Karman lo sabe, bruto!

El servicio informativo de la policía de Mulvane funcionaba bastante bien y, en pocos segundos, los coches patrulla se dirigían a toda velocidad hacia las afueras, al domicilio de la familia Bleine.

* * *

Herb estaba muy nervioso.

Su alcoba se había llenado de policías. Su madre lloraba, caída sobre el lecho. Sheeffrey daba órdenes a voz en cuello:

— ¿Y el forense, Jack? ¿Por qué no viene la ambulancia?

— No hacen más que llamarle desde la comisaría, señor.

— ¡Confiesa, Herb Bleine! ¿Te engañó tu cómplice y por eso le has denunciado?

— ¡No, por Dios! ¿Cómo puede usted creer eso? — prorrumpió Herb a punto de echarse también a llorar.

— ¡Saquen a ese hombre de aquí. Logan! — añadió Sheeffrey, volviéndose a la puerta, donde dos agentes trataban de interceptar al señor Bleine —. Que aguarde afuera. Hablaré con él después.

En medio de aquella trifulca, Herb creía volverse loco. ¡En su cerebro había una fantástica luminosidad, que podía ver tanto con los ojos abiertos como cerrados!

Soñó cosas extraordinarias. Él no necesitaba a la policía, sino a un neurólogo o un psicoanalista. En su cerebro se había producido un sorprendente cambio. Lo sabía ya, pero tenía un miedo espantoso.

La llegada de la policía, con la absurda acusación de complicidad en el asalto a un banco, le había despertado bañado en sudor, rompiéndole un sueño que era una auténtica pesadilla alucinante y pavorosa.

¡Herb ignoraba que el «Sulfipropax» estaba ya produciendo su increíble efecto!

— ¡Te llevaremos a la comisaría en una ambulancia, muchacho! No te preocupes por médicos. ¿Cómo conociste a Dan Jamesson? ¿Dónde le viste? ¿Fuiste a Wichita con él?

— ¡No, por Dios! — exclamó Herb, llevándose las manos a la cabeza —. Se lo dije a Marie ayer sin saber... ¡Yo no sabía nada! ¡Se me ocurrió de pronto! Ella mencionó su trabajo...

— No me vengas con el cuento de la adivinación, hijo! ¡Tú sabías dónde estaba Jamesson! ¿Acaso no te envió tu parte?

— ¿Qué parte?

— ¡La del botín! ¿Caíste en el truco de la falsa información?

— ¡Déjele usted! ¡Mi hijo es inocente! ¡Está enfermo! ¿Es que no lo ve? ¡Él no estuvo en Wichita la semana pasada!

Afuera se escuchó la aguda sirena de una ambulancia. Sheeffrey se volvió a uno de los agentes de uniforme y ordenó:

— ¿Ve a comprobar si viene el forense? Sin su autorización no podemos trasladar al detenido.

— ¡No se lo lleven! ¡Llamen al doctor Finney! — gritó la señora Bleine.

Herb trató de serenarse. Todo cuanto estaba ocurriendo tenía su raíz en la extraña luz radiante que se había encendido en el interior de su mente. Habló con Marie sin querer. Y todo aquel embrollo lo causó ella, por el comentario que debió hacer en su oficina.

Pero Herb quería que le reconociera un médico. Y el forense podía examinarle. Lo haría, porque era su deber. Él estaba enfermo, se sentía febril, excitado y al borde de la angustia.

— Que entre el doctor.

El forense era un hombre joven, hijo de un médico de Kansas City, dinámico, elegante y seguro de sí mismo. No tendría más de treinta años y se llamaba Lionel Sampbell. Al entrar, saludó a Sheeffrey y rogó:

— Despejen un poco la alcoba, por favor... Señora, ¿me permite?

— ¡A mi hijo le atiende el doctor Finney desde que nació! ¡Él le recetó esta medicina!

Distraídamente, Campbell examinó el «Sulfipropax» que le tendió la señora Bleine. Luego, se lo devolvió, mirando al enfermo.

— ¿Qué le ocurre, joven?—: Ayer sentí un acusado malestar y pedí permiso para ver al doctor. Trabajo en «Mulvane Car Supplies Ltd.». Regresé a casa y me metí en la cama.

Campbell tomó el pulso a Herb y le dijo:

— Saque la lengua, ¿quiere?

Herb obedeció.

— ¿Qué es lo que siente?

— Una gran inquietud, angustia vital... — Herb se interrumpió al ver la

sonrisa aflorar a los labios del forense —. ¡Le hablo en serio!

El comisario Sheeffrey abandonó la alcoba, musitando unas palabras al oído de uno de los agentes. Salió al exterior y se acercó a la ventanilla del coche, donde el chófer le tendió el auricular del teléfono.

— Sí, Bill. Aquí Sheeffrey.

— He llamado a «Car Supplies Ltda. », señor — dijo una voz por el auricular —. He hablado con Mr. Walker y asegura que Herb Bleine no ha faltado jamás al trabajo en todo el tiempo que lleva allí, pronto hará seis años. Mr. Walker responde plenamente de Bleine.

— ¡Vaya! ¿Qué irá a decir Mr. Walker? — masculló Sheeffrey.

— Pero el comisario Forbes ha llamado también. Dice que Jamesson actuó solo y que no conoce a nadie llamado Herb Bleine. Pero que si es él quien le ha denunciado, con trucos, ya podemos darle protección porque piensa escapar y liquidarle.

— Sí, sí — murmuró Sheeffrey, cuya fe empezaba a desmoronarse —. Está bien. ¿Y del doctor Finney?

— Harry ha ido a verle. Llamará en cuanto sepa algo.

— Bien. Mantenme informado, Bill. Adiós.

Vincent Sheeffrey devolvió el auricular al chófer y sacudió la cabeza.

— Esto empieza a torcerse. Y no me gusta... ¿Qué ocurre? ¿Acaso me he metido en un embrollo?

Como el chófer le miraba sin decir nada, Sheeffrey optó por regresar a la casa. En el vestíbulo, el señor Bleine discutía con uno de los agentes.

— ¿Por qué? ¿Por qué? — repetía el atribulado padre de Herb — ¿Qué es lo que suponen ustedes que ha hecho mi hijo? ¿Es que no ven que está enfermo?

— Dígaselo al comisario Sheeffrey — repuso el agente.

— ¿A qué viene todo esto, señor? — inquirió el señor Bleine, volviéndose a Sheeffrey.

— ¡Diablos, no lo sé! — masculló el aludido —. En Wichita se ha detenido a un peligroso criminal, llamado Jamesson. Y su hijo nos ha facilitado todos los datos... ¡Sabía más que nadie del facineroso!

— ¿Qué...? ¿Qué...?

— ¡Comisario, venga usted!. ¡Le llama el forense!

Sheeffrey dejó al señor Bleine y se dirigió a la habitación del enfermo. La madre de éste había sido sacada del cuarto y un agente la sostenía, a pesar de las lágrimas que empapaban su camisa.

Junto al lecho de Herb, Lionel Campbell parecía desconcertado, habiendo perdido la seguridad en sí mismo, el continente altivo y dudando hasta de los estudios médicos realizados.

— ¿Tres cortinas?

— Como dos — decía, Herb con expresión demencial—. La superior baja y la inferior sube... También se abren por el centro, subiendo la de arriba y bajando la de abajo.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Sheeffrey, acercándose.

— ¡Adivina! — contestó el forense en un tono que hizo encogérsele el corazón al comisario.

— ¿Adivina?

— Sí, el futuro... Pero también sabe lo que he hecho esta mañana, desde que me he levantado. ¿Quiere que le diga el enfermo todo cuanto lleva usted en su bolsillo, a qué colegio fue o le cuente los pasos que dará usted mañana?

Vincent Sheeffrey respiró hondo, contó hasta diez y luego dijo:

— No hablará usted en serio, doctor.

— ¿No? ¡Acaba de decirme lo que he desayunado, lo que he leído en «The Kansas Chronicle» y me ha adivinado cuanto llevo en los bolsillos, incluyendo el billete del avión que tomaré esta noche, en Kansas City, para ir a Los Angeles! ¿No es eso adivinación? ¡Hágale una demostración al comisario de su anomalía psíquica, Herb!

— Lleva usted una pistola automática en la funda axilar, modelo Colt, con cinco balas —habló Herb, con los ojos entornados—. Esta mañana se levantó usted a las seis. Lo primero que hizo fue tomar bicarbonato. Después, al ver sucia la toalla, la llevó al dormitorio y se la frotó a su esposa por la cara...

Capítulo III

— No tome usted ese avión, doctor Campbell — dijo Herb, tendido en su lecho, con la habitación a oscuras —. Le diré lo que va a ocurrir.

«En pleno vuelo, un hombre sacará una granada de mano de su pierna ortopédica. Es una bomba «Mills», cuya anilla arrancará, amenazando a los pasajeros, mientras se dirige hacia la cabina del piloto. Una azafata gritará, aterrada. Un hombre se lanzará sobre el secuestrador, al que derribará. Se entablará una lucha y, en medio del forcejeo, estallará la granada.

«El aparato caerá rápidamente, envuelto en llamas.

Lionel Campbell tenía en las manos el pasaje que le envió la TWA, desde Kansas City, para el vuelo número 676 a Los Angeles.

Con voz trémula, el forense preguntó:

— ¿Está seguro de que ocurrirá eso?

— Tan seguro como le estoy viendo a usted.

El comisario Vincent Sheeffrey se adelantó, con gesto inexpresivo.

— ¡Entonces, no ocurrirá nada, porque yo avisaré al aeropuerto de Kansas City y advertiré del peligro!

¡Sabemos que un hombre lleva una granada de mano oculta en la pierna ortopédica!

Herb frunció el ceño y repuso:

— No sé aún si avisando a tiempo puede evitarse el peligro de lo que yo he visto como sucedido. Por supuesto, debe usted tratar de evitarlo. Pero ruego al doctor Campbell, por lo que pueda ser, que no tome ese avión... ¡Tengo la seguridad de que caerá y morirán sesenta y nueve personas! ¡No habrá supervivientes!

— ¿Viajo yo en el aparato? —preguntó el forense.

— No —contestó Herb, con voz cansada—. Usted no tomará el avión. Su asiento está vacío. Un hombre de cabellos blancos, que lee el «Times», está en el asiento, en el último instante. Puedo decirles, incluso los nombres de todos los pasajeros.

— ¡Entonces, podremos evitar el accidente! —exclamó Sheeffrey.

— No —musitó Herb, con voz apenas audible—. Nadie puede evitar lo inevitable.

— Pero yo avisaré por teléfono y se adoptarán medidas especiales! — exclamó el comisario.

— Usted no avisará... ¡Ni usted, ni yo, ni nadie! Perdonen, me duermo.

Herb dobló la cabeza y se quedó dormido.

Lionel Campbell y Vincent Sheeffrey se miraron.

— ¿Qué hacemos? —preguntó el forense.

— Dejarle dormir y nosotros volver inmediatamente a la comisaría. ¡Esto es extraordinario!

Salieron. El señor y la señora Bleine estaban en el vestíbulo, con dos agentes. Los otros se habían marchado. La mujer se levantó rápidamente.

— ¿Qué? —preguntó.

— Se ha dormido —dijo Campbell—. Le conviene descansar... ¡Y no debe hablar con nadie!

— Sí, en caso de despertar, no debe hablar con nadie. Vosotros vigilaréis su habitación. Tú, Logan, te sentarás en el pasillo. Jack se apostará fuera, junto a la ventana. Si ocurre algo, llamadme a la comisaría.

— Sí, comisario —respondió el agente Logan.

— ¡Ha de venir el doctor Finney! — exclamó el señor Bleine.

— Lo siento. No puede verle — dijo Campbell—. Yo soy responsable de él. Deberíamos llevarle a la comisaría, pero, en consideración a su estado, lo dejaremos aquí. Su caso es muy importante y debemos estudiarlo con detenimiento y calma.

— Pero ¿qué le ocurre? —preguntó, alarmado, el señor Bleine.

— Aún no lo sabemos, señor Bleine — replicó el forense—. Hemos de hacerle un reconocimiento a fondo. Pero antes hay que tomar algunas precauciones. ¿Vamos, comisario?

— Sí —replicó Sheeffrey.

Los dos hombres salieron, mientras los agentes iban a ocupar los lugares que les habían indicado cerca del más singular paciente de toda la historia de la medicina.

—Venga en mi coche, comisario —propuso Campbell—. Hablaremos del caso.

— Diré a Henri que vuelva solo. ¿Qué deduce usted de todo esto? Evidentemente, es lo más asombroso que he visto jamás. Todavía no lo creo... Henri, puedes volver a la oficina. ¡Yo acompañaré al doctor Campbell...! ¡Me quedé helado cuando me dijo lo de la toalla sucia! ¿Estamos ante un caso sobrenatural?

— Todo esto escapa a nuestra comprensión, comisario. ¿Por qué tenía usted que ponerse tan furioso por una toalla sucia?

— Le tengo dicho a mi mujer que cambie las toallas después que se laven los niños. ¡Dios sabe dónde han estado jugando cuando vuelven a casa después del colegio! Claro que dan mucha guerra y yo me paso el día en la oficina... ¿De qué le hablo?

Campbell sonrió y dijo:

— No tiene importancia. De un policía se puede esperar todo. —El forense puso el coche en marcha. Delante de ellos, el vehículo oficial ya enfilaba la calle, alejándose—. Lo sorprendente es Herb Bleine. Si comprobamos que todo cuanto dice es cierto... ¡Podemos tener entre manos un caso Cayce!

— ¿Cayce? —preguntó Sheeffrey.

— Fue un individuo que, en estado hipnótico, hacía diagnósticos de casos médicos. Llegó a curarse él mismo dictando a su esposa una extraña receta. Lo sorprendente era que nunca había estudiado medicina.

— ¿Habrán de intervenir los psiquíatras?

— Por supuesto. Con lo que ha dicho ya, hay suficiente materia de estudio.

Lionel Campbell era un buen conductor. Llevó su coche hacia la calle principal, mientras hablaba. Desde allí hasta la comisaría de policía había unos doce o quince minutos. Los Bleine vivían a la afueras del Mulvane.

A pesar de esto, los dos hombres, charlando, sin darse cuenta, ¡tardaron en llegar a su destino veinticuatro horas y doce minutos!

¡Un día entero desapareció de sus vidas, sin que pudieran saber ni explicar lo que hicieron ni dónde estuvieron!

— ¡Me dijo usted que me fuera! —exclamó Henri, el chófer de Sheeffrey—. Usted subió al coche del doctor Campbell. Luego, le buscamos por todas partes.

Vincent Sheeffrey tenía motivos para estar alarmado. Sobre su mesa estaba la última edición del «Kansas Chronicle», con las noticias del accidente aéreo del «Boeing» que despegó del aeropuerto de Kansas City a las diez de la noche, ¡de la víspera!, con rumbo a Los Angeles.

«¡Sesenta y nueve personas muertas en un accidente aéreo, cuyo origen se teme pueda haber sido un sabotaje! », decía el periódico.

Y más abajo, en un subtítulo, se leía: «El doctor Campbell, cuyo nombre figuraba en la lista de pasajeros, no compareció a la hora de despegar, y a ello debe el encontrarse vivo en estos momentos. ¿Quién es el doctor Campbell? »

Esta última pregunta parecía una aterradora acusación del cronista que hizo el reportaje de última hora, y cuyo nombre figuraba al pie del escrito: «Jeff McCain».

Lionel Campbell regresó de telefonear a su esposa. Todavía estaba blanco como la cera. Pero cuando Sheeffrey le tendió el periódico y le dijo: «Tome, lea. Es el «Kansas Chronicle» de mañana y habla de usted», la palidez se acentuó en su rostro.

— ¡Hemos estado un día entero para venir de casa de Herb Bleine hasta aquí, comisario! ¡Ni mi mujer, ni nadie, puede creerlo!

— Yo tampoco. ¿Ha llamado usted al psiquiatra?

— No... ¡Estoy desconcertado!

— Yo trato de reflexionar. Hoy era martes, día 4 de julio de 1967..., y según nos dicen todos, estamos a miércoles, 5. Yo no tengo apetito, porque sé que he desayunado antes de venir aquí. Hemos estado viendo a un enfermo que adivina lo que va a ocurrir.

«Ahí lo tiene, doctor Campbell. Anoche, a poco de despegar de Kansas City, el avión en que debería viajar usted hasta Los Angeles, cayó envuelto en llamas. Nosotros, ayer, teníamos que haber avisado. Era lo que nos proponíamos. Veníamos hacia aquí, hablando del caso. Hemos venido hablando. ¡Y aquí estamos! ¡Pero han pasado veinticuatro horas, durante las cuales nos han estado buscando por toda la ciudad, sin hallarnos, a pesar de que nosotros estábamos en alguna parte entre la casa de los Bleine y esta

comisaría!

Lionel Campbell se había sentado, con el periódico en la mano.

El interfono zumbó y, maquinalmente, Vincent Sheeffrey lo conectó diciendo:

— Sí, comisario Sheeffrey.

— Un periodista de Kansas City está aquí. Dice llamarse Jeff McCain y desea hablar con usted.

— ¿McCain? ¡Hazle pasar, Bill!

El forense señaló una página del «Kansas Chronicle».

— ¡Ese McCain es el que firma esto! ¿Qué hace aquí?

— A indagar acerca de usted. Supongo que habrá llegado hace poco y se habrá enterado de algo.

— ¿Cree conveniente decir lo que ocurre?

— ¿Conveniente? ¡Imprescindible! —remachó Sheeffrey—. Hemos de sacudirnos esto de encima sea como fuere. Que vengan otros, que averigüen, que indaguen y hagan lo que quieran... ¡Hemos estado muertos y desaparecidos durante veinticuatro horas! ¿Cree usted que es posible?

— No... Estoy pensando en si llego a tomar el avión.

La puerta se abrió y apareció un agente, seguido de un hombre joven, de cabellos rubios y largos, con patillas y bigote de caídas guías. No obstante, era bien parecido, de ojos grises e inteligentes y vestía con el descuidado estilo de la época. De su cuello pendía una «Leica», con «flash», y de su hombro derecho llevaba colgado un magnetófono de micro ultrasensible.

— ¿Comisario Sheeffrey? —preguntó el periodista al entrar—. Soy Jeff McCain.

— ¿Qué ha querido usted decir con esta pregunta que hace en su artículo acerca de mí? —preguntó Lionel Campbell, poniéndose en pie.

El periodista se volvió al forense y arqueó las cejas.

— ¿Es usted el doctor Campbell...? ¡Oh, perdone; yo no he escrito eso! Lo hizo mi padre. Nos llamamos igual. Yo estaba en Wichita cuando me telefonearon para que viniera aquí... ¿Qué le pasa? El comisario Forbes me contó lo del caso Dan Jamesson. Consideren mi sorpresa al saber que habían desaparecido ustedes.

Sheeffrey y Campbell intercambiaron una mirada intensa.

— Tome asiento, muchacho — dijo el comisario lentamente—. No importa. ¿Ha leído el reportaje de su padre?

— Sí. ¿Es usted el doctor Campbell? —McCain se volvió a mirar al pálido forense.

— Sí, ése es mi nombre.

— ¡Déjemelo a mí, doctor! —intervino Sheeffrey, excitadamente—. ¿Quiere hacerse famoso, McCain?

El joven reportero sonrió.

— ¡Vamos comisario; eso no importa! ¡Yo quiero información! Sé que

un tal Herb Bleine parece adivinar cosas.

— ¡Herb Bleine...! ¡Ponga en marcha eso, joven...! Herb Bleine adivinó dónde estaba escondido Dan Jamesson, adivinó todo lo que llevábamos en los bolsillos el doctor y yo, lo que habíamos hecho desde que nos levantamos... ¡ayer!, y dijo al doctor Campbell que el avión para Los Angeles que debía tomar a las diez, en Kansas City, se estrellaría... ¡Eso, repito, fue ayer!

Los ojos de Jeff McCain se abrieron desmesuradamente.

— ¡Ayer! —dijo.

— ¡Sí, ayer! — casi gritó Sheeffrey, incorporándose en su asiento, como si temiera que el magnetofón no pudiera captar bien sus palabras—. Herb Bleine nos dijo todo lo que iba a suceder anoche en el avión que se estrelló. Un hombre con una pierna ortopédica sacó una granada de mano...

— ¿Y por qué no avisaron ustedes? — preguntó Jeff McCain.

— Eso queríamos hacer, joven. Pero desde la casa de los Bleine hasta aquí, que normalmente se emplean diez o quince minutos, ¡hemos tardado todo un día! ¿Lo entiende usted?

— No —contestó Jeff McCain, perplejo.

— ¡Ni nosotros tampoco!

— ¿Dónde han estado?

— ¡Eso quisiéramos saber! ¡Toda la policía de Mulvane nos estaba buscando! ¡No hemos desaparecido, ni nos hemos escondido, ni nada de eso! ¡Tanto el doctor Campbell como yo estamos cuerdos, o eso creíamos hasta ahora! ¿Tengo aspecto de loco, McCain?

— Pues... no sé, comisario —empezó a decir el joven.

— Déjese de bobadas. Lo que está ocurriendo aquí es increíble. Nadie puede saber lo que va a ocurrir mañana... ¡Nadie!

— ¿Y Herb Bleine lo sabe?

— ¡Ya lo creo que sí! ¡Nos explicó ese accidente aéreo con todo detalle! ¡Y sólo le faltó darnos los nombres de todos los pasajeros!

En aquel momento, la boca de Jeff McCain empezó a desencajarse.

— Por eso le he dicho si quiere hacerse famoso, McCain. ¿No me oye?

— Sí, sí... Perdone, comisario. Parece increíble, ¿eh?

Lionel Campbell se acercó al periodista y le puso la mano en el hombro. Su voz carecía de inflexión al decir:

— Creo que el comisario hace mal en facilitarle a usted esta información sensacional.

— ¡No, doctor; esto no nos pertenece! ¡Aquí hay algo que está muy por encima de la realidad! ¡Hace falta que vengan hombres de ciencia e investiguen el caso! Se me ocurre comparar este caso con los sabios que descubrieron la bomba atómica. Ellos reservaron el secreto para el país en donde vivían. No podían hacer otra cosa. Estaban vigilados y controlados. Poseían un alto secreto que no les pertenecía.

»¡Estoy seguro de que ese Herb Bleine es mucho más importante que la

bomba «A», y no quiero que se lo reserve nadie! ¡Sería monstruoso que un hombre, con un cerebro como el suyo, estuviera dominado y vigilado por agentes de un solo gobierno! ¿Es qué no lo comprenden?

— Descanse, comisario — musitó Campbell —. Creo que debe usted dormir. Sólo estoy de acuerdo con usted en que esto escapa a nuestros conocimientos. Lo demás son especulaciones.

— ¡Usted estaría muerto si hubiera tomado ese avión! —exclamó Sheeffrey.

— No lo tomé —contestó Campbell.

— ¿Por qué no lo tomó? —preguntó McCain.

El silencio se abatió bruscamente sobre los tres hombres. Un silencio como jamás nadie lo haya captado, excepto los muertos, si es que éstos son capaces de captar algo.

* * *

Marie Dewey, acompañada por el elegante Mr. Karman, estaba delante del matrimonio Bleine. La joven parecía muy excitada, al decir:

— ¡Quiero ver a Herb, señora Bleine! ¡No pueden prohibirme que le vea! ¡Echen de ahí a ese agente!

— Están aquí cumpliendo órdenes del comisario— declaró el señor Bleine —. Sólo nos dejan entrar a nosotros para atenderle. Pero no se mueven de nuestro lado. Están ahí desde ayer. ¿Es cierto que han desaparecido el comisario Sheeffrey y el médico forense?

— ¡Nadie sabe dónde están! —exclamó Mr. Karman—. Y suceden cosas muy raras en Mulvane. Toda la población habla de su hijo.

— Sí. Hemos tenido que desconectar el teléfono— se lamentó la señora Bleine.

En aquel preciso instante, en el pasillo donde estaban los dormitorios, la voz furiosa de Herb se mezclaba con la del agente Logan.

— ¡Ésta es mi casa, agente, y me importa un bledo las órdenes que le hayan dado!

—¡No puede usted salir!

— ¿No? ¡Voy al lavabo! ¡Apártese de ahí!

Marie y la señora Bleine corrieron hacia el pasillo, donde Herb en pijama, forcejeaba con el agente Logan.

— ¡Suéltelo! ¡Está enfermo!

Las dos mujeres se abalanzaron sobre el policía, sujetándole los brazos. Herb retrocedió, como dispuesto a golpear a Logan, pero se detuvo de repente, diciendo:

— ¡Basta! El comisario Sheeffrey viene hacia aquí otra vez.

—¿Eh?

Herb regresó a su cuarto, abrió el armario y tomó un batín. Luego, salió al pasillo y dijo al policía, que se había desprendido de las dos mujeres:

— Sígame donde quiera, Logan. En su casa están muy preocupados por

no haber vuelto usted en toda la noche.

Efectivamente, a los pocos minutos llamaron a la puerta. Abrió el señor Bleine y entró el comisario Sheeffrey, seguido del doctor Campbell y de Jeff McCain. Herb Bleine, en persona, salió al vestíbulo, apoyado en el brazo de su madre.

— ¿Dónde hemos estado el doctor Campbell y yo desde ayer hasta hoy, Herb Bleine?

— En ninguna parte —fue la contestación de Herb—. Han avanzado un día.

— ¿Hemos avanzado un día? ¿Cómo puede ser eso?

— No puedo explicarlo. En cualquier instante, han dado un salto de veinticuatro horas en el tiempo. Algo tenía que ocurrir. Ustedes podían impedirlo... Y nadie puede evitar lo inevitable.

»Yo he estado durmiendo y he comprendido muchas cosas. Ahora sé que no soy un individuo normal.

Capítulo IV

El profesor Anthony G. Carter, de la Universidad de Kansas, estrechó la mano de Herb Bleine y se volvió para presentar a su acompañante, un hombre alto que lucía una barba entrecana:

— El señor Kurt Eigg, de la Universidad de Pankow, República Popular Alemana.

— Mucho gusto —saludó Eigg haciendo una reverencia.

En el vestíbulo de la casa de los Bleine se encontraban el comisario Sheeffrey, el doctor Campbell, los padres de Herb, el periodista MacCain, Casius Karman y cuatro agentes de policía.

Naturalmente, también estaban Herb y Marie.

Fuera, rodeando el edificio, habían más de veinte agentes de la policía local, tratando de impedir que la muchedumbre se acercase al edificio. El jefe de aquella guardia, ante el cariz que tomaba el fervor público, estaba pensando en pedir refuerzos a la Guardia Nacional del estado.

También se esperaba, de un momento a otro, la llegada de dos senadores y del gobernador.

— El doctor Eigg es especialista en fenómenos extrasensoriales y una autoridad en parapsicología aplicada y metafísica. Se encontraba conmigo cuando nos enteramos del caso y nos hemos apresurado a venir en una avioneta particular.

Herb, ahora vestido con un pantalón color crema y una camiseta de punto fino, estaba recostado en la mejor butaca de la sala.

— Quisiéramos interrogar al señor Bleine... ¡A solas! — dijo el profesor Carter.

— Lo siento. Todos son amigos... Mi novia, mis padres, el comisario, el médico forense y... mis socios, el señor Karman y el señor MacCain. Todos tienen derecho a estar presentes. El señor Karman es mi representante legal. Y participo en los beneficios que obtenga el señor MacCain con la información pública de mi caso.

Al profesor Carter no le hicieron gracia estas declaraciones e hizo un gesto de disgusto.

— Todo esto resulta muy poco científico.

— No se preocupe, profesor —habló el alemán, tomando una silla que le proporcionó el comisario—. Gracias, señor.

Kurt Eigg se sentó delante de Herb.

— ¿Quiere usted saber lo que opina la ciencia de su caso?

— Sí, por supuesto — contestó Herb.

— Mis honorarios pueden ser muy elevados.

— ¡Nada de eso! —intervino Casius Karman—. Mi representado no abonará ni un dólar por el reconocimiento que le hagan. Lo máximo que haremos será mencionarles en la información que facilite el señor MacCain.

— ¡Es mejor que nos vayamos de aquí, doctor Eigg! —exclamó el profesor Anthony G. Carter con altivez.

— Ahí tienen la puerta — señaló Karman, que era un hombre práctico y comerciante —. Nos sobrarán hombres de ciencia que quieran encargarse del caso.

— No. Espere, profesor Carter. No tiene importancia — habló Eigg, mirando a Herb—. ¿Es cierto que puede ver el pasado, el presente y el futuro?

— Sí, señor.

— ¿Quiere hacerme una demostración?

— Con mucho gusto —dijo Herb, muy serio, entornando los ojos.

— ¿Se duerme para concentrarse?

— No. Sigo despierto. Lo hago para descorrer las cortinas de mi mente. Son dos campos psíquicos muy definidos. Cuando quiero ver el pasado, «alzo» la cortina inferior, que me muestra como una franja luminosa. Pienso entonces en la persona o cosa que me interesa, y la veo actuar en el pasado. Parecen imágenes cinematográficas que pasan de modo vertiginoso. Apenas si me doy cuenta de lo que veo, a menos que desee concentrarme en algo determinado. Entonces, lo veo todo con claridad.

»Si, por el contrario, quiero ver el futuro, desciende la cortina superior. Veo la mente como si fuera una ventana dividida en tres partes. Cuando deseo ver el presente, la cortina superior y la inferior se retiran, dejando una franja central, al descubierto.

— ¡Es sorprendente! —exclamó el doctor Eigg—. Jamás había escuchado nada semejante. Tres campos de visión. ¿Y pueden actuar simultáneamente?

Herb negó con la cabeza.

— ¿Cuándo se dio usted cuenta de poseer estas facultades extrasensoriales, señor Bleine?

— El lunes, hoy hace cinco días. Me puse enfermo y tuve que dejar el trabajo y regresar a casa.

— En el caso de la desaparición, durante veinticuatro horas, del comisario Sheeffrey y del doctor Campbell, ¿influyó usted de algún modo en ellos?

— No. Pero yo sabía que el suceso del avión no podía evitarse. Yo «veo» el futuro, pero no tengo medios para impedir nada. Y hemos convenido, para seguridad de todos, no hacer revelaciones futuras.

— Comprendo. Hágame una demostración presente o pasada, por ejemplo. ¿Podrá usted ver lo que yo escriba en un papel en otra habitación?

— Sí, doctor. Puedo escribirlo al mismo tiempo que usted.

— Bien. ¿Puedo pasar a otra habitación?

La señora Bleine acompañó al doctor Kurt Eigg a la cocina. Allí, el científico se sentó y sacó un cuaderno de notas del bolsillo. Miró en torno suyo, al techo y a todas partes. Luego, dijo a la señora Bleine:

— No mire, por favor.

— No miro, señor — dijo dignamente la mujer, retrocediendo.

Cubriendo el cuaderno con la mano izquierda, Kurt Eigg escribió rápidamente sobre el papel: «La metapsiquis, deparará grandes sorpresas a la humanidad del futuro. 23. 457. 901».

Luego, cerró el cuaderno y se lo guardó rápidamente en el bolsillo.

— Ya está.

Abandonó la cocina y regresó al vestíbulo, donde Herb estaba inclinado sobre una mesita, con un bolígrafo y un papel en la mano. Miró al científico alemán y le tendió su papel, preguntándole:

— ¿Ha escrito usted esto, doctor?

Kurt Eigg tomó la hoja de papel y la leyó. Inmediatamente, le brillaron los ojos como el usurero que se encuentra ante un fabuloso tesoro.

— ¡Fantástico! —exclamó— ¡Compruebe, profesor Carter! ¡Exactamente lo mismo que yo!

— Transmisión de pensamiento —dijo Carter, tomando la hoja de papel y el cuaderno donde había escrito Eigg,

— No lo crea, profesor Carter —dijo entonces Herb, muy sereno—. Voy a explicarle algo que sólo usted sabe. ¿Quiere que diga a todos lo que guarda usted en una caja de tarjetas de visita, que tiene en la caja fuerte de su despacho? Usted sabe que yo no puedo saber eso.

Anthony G. Carter parpadeó.

— ¡No! ¡No puede saber eso!

— Lo sé. Le acabo de ver a usted, hace tres días, contemplando las... ¿Lo digo?

— ¡No! —exclamó Carter.

—No se trata de nada inconfesable, por supuesto — dijo Herb —. Pero un sesudo catedrático como el doctor Carter se siente avergonzado de que todos sepan lo que contiene su bien guardada cajita.

— ¿Qué es? —preguntó el doctor Kurt Eigg.

— Dígalo — dijo Carter, bajando la mirada.

— Puntas de cola de conejillos de Indias, en los que el profesor Carter hizo experimentos hace años. Lo guarda como algo íntimo y sentimental.

— ¿Es cierto, profesor Carter?

— Sí — musitó el aludido, con voz apenas audible—. Puede parecerles pueril y hasta desagradable. Pero es cierto. Aquellos experimentos significaron mucho para mí. Y esas reliquias son un símbolo... O una manía. De todas formas, sabiendo eso, el señor Bleine demuestra que es cierto cuanto se dice de él.

— Ninguno lo dudamos — habló Casius Karman—. Jeff MacCain publicará mañana un reportaje de esta entrevista.

— ¡Quisiéramos trabajar más con el señor Bleine! — exclamó Kurt Eigg.

— ¿Cuánto están dispuestos a pagar?

— La Universidad de Kansas pagará un millón de dólares por una demostración pública en el aula magna —dijo Carter.

— Estudiaremos su oferta. Un representante del canal once de la NBC ha ofrecido diez millones de dólares por una sesión, ante las cámaras, de media hora de duración.

— ¡Usted puede ser dueño del mundo, Herb Bleine! ¿Se ha dado cuenta?

Marie Dewey se levantó de pronto y, con lágrimas en los ojos, corrió hacia la puerta. El comisario Sheeffrey, que no había despegado los labios en todo el tiempo, la sujetó de un brazo y dijo:

— Quédate, Marie. Tu prometido sabe lo que estás pensando. Estamos desnudos ante él, ¡pero nos necesita!

* * *

—¿Qué medicina le recetó el doctor Finney? — preguntó Kurt Eigg.

— «Sulfi... » no sé qué más. Tomé las doce píldoras — dijo Herb.

Estaban solos en el salón. Era más de media noche, pero aún había gente en el exterior, más allá de la barrera metálica colocada por la policía. Sus padres se habían retirado a descansar. Los demás se habían ido. Sólo Jeff MacCain dormía en una habitación trasera, donde la señora Bleine le puso una litera plegable.

¿Al menos puedo ver el frasco? — preguntó el doctor Eigg.

Herb fue a su cuarto y regresó con la caja y el frasco vacío que le recetara el doctor Finney para el enfriamiento que aquejó.

— ¡Hum! —dijo Eigg, tomando nota del fármaco —. Haré que se analice bien esto.

Delante de sí tenía un montón de cuartillas llenas de letra apretada y rápida, donde había ido anotando todos los síntomas descritos por Herb, desde el primer día de su indisposición, hasta la sensación de angustia al «ver» iluminado su cerebro.

— Hablemos de la adivinación. El caso de Dan Jamesson está claro. Marie le habló del cheque y del embrollo que en su oficina había creado aquello, al no saber cómo asentar la falta del documento robado.

— Marie me habló de varios cheques. Pero sólo era uno, por importe de nueve mil doscientos dólares — aclaró Herb.

— ¿Se siente cansado?

— No. ¿Y usted?

— Aunque muriera no me movería de aquí —contestó el alemán—. El caso del avión siniestrado. El informe técnico parece darle la razón. Había un hombre con una pierna ortopédica y el accidente lo produjo la explosión de una granada de mano.

»¿Por qué se durmió usted, en vez de avisar a las autoridades?

Herb suspiró y dijo:

— Más que ver, presentí la inhibición. Ni el comisario, ni el doctor

Campbell, y mucho menos yo, podíamos hacer nada. Al dormirme, las fuerzas extrañas que me dominan adelantaron el tiempo de ellos dos.

— ¿Y también el del automóvil del doctor Campbell?

— No lo sé. He tratado de localizarlos en mi mente en el día de su «ausencia» y no logro encontrarlos... ¡No están!

— ¡Es muy extraño! ¿Cree usted que su misma fuerza de inhibición logró mantenerlos aislados o «ausentes» durante veinticuatro horas, para no obstaculizar el desarrollo normal de los acontecimientos ajenos?

— No lo sé. Pero es absurdo que dejasen de «existir» durante ese tiempo. Presiento que dieron un salto hacia delante, que nada se modificó.

— No estoy de acuerdo —replicó Kurt Eigg—. La policía pasó el día buscándoles. Los echaron de menos en sus domicilios. Sus esposas se inquietaron. ¿Por qué? La respuesta esotérica es para que no pudieran evitar una catástrofe aérea. Y eso no es correcto.

»Si usted adivina que va a ocurrir algo y puede evitarlo, su deber es informar.

— ¡Entonces, no ocurriría y no habría debido adivinarlo! ¡Si no ocurre, no es exacta mi premonición!

— En los casos de desgracias humanas, usted no debe anticipar nada. Pero ¿y si se entera de que alguien va a ser agraciado en las apuestas?

Herb Bleine sonrió y dijo:

— Yo podría anticipar muchas de las cosas que van a suceder en breve. Podría decirle qué caballo ganará en Kentucky. ¿Sabe lo que significa eso? Sé lo que ocurrirá en el Madison Square Garden, en Las Vegas, sobre los tapetes de juego.

— Ya lo he pensado, amigo mío. No es legal.

— No por supuesto. ¿Era legal que yo estuviera trabajando en un despacho todo el día, por veintisiete dólares y medio a la semana? ¿Cuánto gana usted?

Kurt Eigg sonrió y replicó:

— Estoy subvencionado por el gobierno de los Estados Unidos... Y, desde luego, percibo bastante más que usted.

— No sé si lo que me ocurre producirá una explosión en mi mente y caeré fulminado en el momento menos esperado. Puedo volverme loco. ¿Y qué dirá la gente? Por eso acepté el trato del señor Karman. Si esto sale bien, percibiré varios millones de dólares en poco tiempo. Podré salir de la mediocridad, de Mulvane, viajar, ver mundo.

»¿Sabe usted por qué lloraba mi novia esta mañana? Estaban pensando en mí. Me quiere, sí. Pero siempre ha creído que yo era un pobre muchacho, trabajador pero sin ambiciones. Tímido, apocado, introvertido, sin complicaciones ni aspiraciones. Y eso es cierto en parte y en parte no. Hay millones de jóvenes como yo era hasta hace poco. En cambio, como soy ahora, sólo yo.

»Y Marie se encuentra ahora con un novio al que nadie comprende, casi

como un espectáculo circense, al que su propio jefe, Mr. Karman, está dispuesto a convertir en millonario. ¿No es un cheque emocional?

— Sí, pero corriente — admitió Kurt Eigg—. Todos le admiran ahora, Herb. Incluso yo, que me gustaría hallarme en su lugar, sin importarme que luego viniera la oscuridad total a mi mente.

— ¿Teme usted eso?

— La luz que percibe puede ser una iluminación artificial. Todos tenemos energía en la mente y la vamos consumiendo poco a poco. Un exceso de voltaje puede ser nocivo. ¿Le asusta?

Herb respondió con aplastante lógica:

— Yo no he provocado esta situación. Se ha producido sola. No puedo elegir y debo aceptar lo que venga. Si cabe la posibilidad que usted señala...

— Cabe. Pero nadie, que yo sepa, puede diagnosticar en su caso. En primer lugar, mañana, cuando le hagamos los encefalogramas, podremos ver algo. O puede que no veamos nada. Me interesan también los análisis de su metabolismo. No podemos pasar nada por alto. Encontraremos en Kansas City la más amplia colaboración.

El timbre del teléfono sonó en aquel instante. Herb lo descolgó y dijo:

— Sí, aquí Herb Bleine.

La voz del comisario Sheeffrey llegó excitadamente hasta él:

— ¡Por favor, Herb; escúchame! Me acaban de llamar de Washington. ¡El Presidente en persona!

Herb no se inmutó. Entornó los ojos, ante la curiosidad del doctor Kurt Eigg, y dijo:

— Sí, comisario. Lo sé todo... Lo estoy viendo. El Presidente le ha rogado que diga dónde se encuentra el submarino atómico «Catfish».

— ¡Sí! ¡No se tienen noticias de él desde hace una semana, y aunque no se ha dado la información al público, se teme una tragedia!

— Tranquilice al Presidente, comisario. Dígale que el «Catfish» ha sufrido un leve percance y está en lugar seguro, reparando la avería. Pronto recibirán noticias tranquilizadoras.

— ¡Gracias, Herb! ¡Eres fantástico: ¡Buenas noches! ¿Está todavía el neuropsiquiatra alemán?

— Sí. Buenas noches, comisario.

Herb colgó el teléfono.

—¿Qué ocurre?

— Que me he vuelto muy famoso, doctor.

— Eso es muy peligroso.

— El Presidente de los Estados Unidos me ha pedido una información. Un submarino atómico desaparecido...

—; Hum! Entiendo. Fue el propio comisario Sheeffrey quien dijo que usted no pertenecía a este país sino a toda la humanidad. ¿Se sorprenderá si mañana le piden información sobre el potencial bélico de la Unión Soviética?

Herb se puso serio y repuso:

— El señor Karman afirmó que podría llegar a ser, en breve, dueño absoluto del mundo.

— No lo dudo. Y sin hacer daño a nadie. Un hombre como usted necesita la humanidad para regir los destinos de todos. ¡Sería maravilloso, pero trágico!

— Así lo he comprendido yo. Y podría descorrer la cortina de mi futuro y ver qué destino me depara...

— ¡No lo haga, Herb; por lo que más quiera, no descubra ese secreto! ¡Prométame que no lo hará!

— ¿Puedo saber lo que será mañana de mí? —preguntó Herb, a su vez —. ¿Cree usted que alguien, en mi caso, resistiría esa tentación?

— ¡Si lo hace, se arrepentirá!

— Estoy seguro. Trataré de no hacerlo, a menos que mi destino sea ese. Y, si no tengo más remedio...

El teléfono sonó una vez más. Herb musitó:

—Llama directamente el propio Presidente... ¿Qué hago?

Capítulo V

Acompañado por Casius Karman, quien había dejado momentáneamente su trabajo en la oficina de Mulvane, y por el cada día más estrafalario Jeff MacCain Jr., el ahora personaje de fama mundial, Herb Bleine, vistiendo una levita blanca, al estilo hindú, con gafas de sol de montura de oro y una corbata de lazo enorme, penetró en la sala de conferencias, donde se apretujaba una multitud puesta en pie.

Las cámaras de la televisión de numerosos canales del país estaban allí presentes, vibrando al ritmo de la cerrada ovación con que se acogió la presencia del «Perceptor extrasensorial».

Jamás habían estado más de moda las ciencias paranormales, aventajando en mucho a la época dorada de la magia, la adivinación y el hipnotismo establecido por Mesmer y Charcot, en París, en el siglo XIX.

En toda América habían aparecido y desarrollado, en poco tiempo, infinidad de asociaciones parapsicológicas, en las que se trataba de examinar las facultades supuestamente extrasensoriales de todos los presuntos «adivinadores» y nigromantes.

Todo esto no era necesario, ni mucho menos. La prensa, la radio y la televisión informaban continuamente del tema, alertando a los crédulos contra los embaucadores. Y se esperaba que el propio Herb Bleine hiciera declaraciones al respecto, a fin de terminar con la ola de engaños que asolaban ya el continente.

Pero, ¿no era un engaño también la sorprendente historia de Herb Bleine? ¿Quién podía afirmar, de modo rotundo, que se trataba de un ser «extraordinario»?

La ciencia, en su mayor parte, era escéptica, si bien era también cierto que muchos sabios psicoanalistas y neuropsiquiatras ni siquiera habían podido estudiar a Herb de cerca. Sólo el doctor Kurt Eigg el profesor Anthony G. Carter y muy pocos más, pudieron examinar a Herb en los laboratorios de la Universidad de Kansas. Los resultados de aquellos análisis exhaustivos estaban ahora siendo estudiados meticulosamente, y se contaban con emplear en ellos varios años, antes de poder declarar algo concreto.

Mientras, Herb Bleine se había hecho millonario. Recibió el agasajo de las más altas esferas políticas, económicas e intelectuales del país. Figuras relevantes de todas las ramas elevadas, se disputaban el honor de aparecer retratados junto a Herb Bleine.

Incluso el Presidente departió con Herb, en la Casa Blanca, durante varios días. Pero las proposiciones que el primer dignatario de los Estados Unidos hizo a Herb Bleine fueron amablemente rechazadas.

Ahora, en el mejor hotel de Nueva York, ciudad que visitaba el «Genio» por vez primera, el público y la prensa aplaudían con inusitado calor, a pesar de que todos los allí presentes habían pagado la bonita cifra

de diez mil dólares por la «invitación». Y los contratos firmados por Casius Karman y sus colaboradores con los medios informativos neoyorkinos hacían que la cuenta corriente del «Mago» ascendiera a varios millones más de dólares.

Herb Bleine se inclinó varias veces ante el público y luego fue a tomar asiento detrás del pupitre a prueba de balas, donde se colocaron más de ciento cincuenta micrófonos.

La escolta que Herb llevaba ahora a todas partes, rodeándole como un *Very Important Person*, se movía estratégicamente en torno a él, siempre avizores, agudos y penetrantes.

Allí también estaba, aquel día, el profesor Anthony G. Carter, el cual, representando a la ciencia, haría a Herb una serie de preguntas que ya habían sido estudiadas previamente.

Herb, como era costumbre en él, sonrió y se ajustó las valiosas gafas. Con voz pausada, mientras se apagaban los aplausos, empezó a decir:

— Todos ustedes saben quién soy. ¿Qué les puedo decir de mí que no hayan dicho ya los informadores? Soy un tipo muy famoso y no tengo la culpa de ello.

El silencio con que el auditorio escuchaba las palabras de Herb era casi sobrenatural, como todo cuanto se esperaba oír de él. Las charlas que había dado por televisión en días anteriores registraron un ciento por ciento de audiencia en todas partes. Jamás nadie atrajo con mayor interés la atención del público que el insignificante empleado de una tienda de suministros de automóvil de Mulvane.

Parecía magia, como magia era todo cuanto emanaba de su extraordinario cerebro.

— Un día me sentí indispuesto, me metí en la cama y percibí luz en mi mente. «¡Qué raro!, me dije. ¿Qué me pasa? ». Luego, una serie de circunstancias me llevaron al increíble descubrimiento de que yo «veía» más allá de mí, y que la fuerza mental de mi cerebro actuaba en otras personas de una forma inexplicable.

»Ya deben saber que dos hombres, el comisario Vincent Sheeffrey y el doctor Lionel Campbell, de Mulvane, perdieron veinticuatro horas de su existencia, sin que nadie haya sabido donde estuvieron durante aquel tiempo. Con ellos «desapareció» un automóvil y todo cuanto llevaban consigo.

— ¿A qué atribuye usted ese fenómeno inclasificable? — intervino el profesor Carter, desde su mesa, iniciando la charla previamente acordada.

— Es un fenómeno que me inquieta y me preocupa y que no se ha vuelto a repetir — dijo Herb, mirando a Carter a través de sus gafas —. El comisario y el doctor no fueron a ninguna parte. Sencillamente, salieron de mi casa y se dirigieron al centro de la ciudad. Normalmente, el trayecto se recorre en quince minutos. Ellos emplearon veinticuatro horas con relación a nuestro tiempo normal. Salieron de nuestro ámbito o concepto temporal.

Pero ni creo que fueran más aprisa ni más despacio. Sólo fueron de mi casa a la comisaría. Ellos estuvieron quince minutos. Pero el resto de los pobladores de esta tierra habíamos vivido veinticuatro horas.

— Eso es un contrasentido, señor Bleine —replicó Carter, con acento impersonal—. Establece usted un tiempo psíquico y otro físico, pero ambos concurren al unísono.

— Eso deberían estudiarlo los científicos, profesor Carter. De todas formas, nuestro concepto del tiempo debería ser modificado. La vida no transcurre de igual modo para todos.

»Yo, señoras y señores, no soy un sabio. Alguna vez me tendrán que clasificar como un vidente tridimensional, por percibir el pasado, el presente y el futuro.

»Y de esto quiero hablarles hoy. Cualquier erudito podrá alegar que «percibir» el pasado es una burla. La historia percibe el pasado mejor que yo. Y le contestaré: «Se equivoca, señor erudito. La historia está incompleta, es inexacta, está falseada y no corresponde a la verdad».

— ¿Tiene usted pruebas de algún fraude histórico, señor Bleine? —preguntó el profesor Carter, con tono deliberadamente incisivo.

— Por supuesto, profesor Carter. Las tengo. He visto en el pasado cosas que la historia nos ha contado de modo muy distinto. Y eso me ha hecho reflexionar profundamente.

»Yo me pregunto. ¿Para qué nos puede servir ahora el saber cómo dominó César en las Galias o de donde obtuvo Cristóbal Colón los datos que le llevaron a la aventura del descubrimiento de América? Si yo dijera todo cuanto de leyenda y mito hay en la historia, sería preciso cambiar montañas de volúmenes enteros para dejar establecida la verdad. Todo sería muy distinto, lo cual crearía un mar de confusiones y discrepancias, en las que me vería envuelto hasta el fin de mis días sin provecho para nadie, excepto para ese concepto filosófico que llamamos verdad.

—La verdad es muy importante, señor Bleine — apuntó Carter.

— La actual, la presente, o la futura —fue la respuesta de Herb—. Pero hablamos del pasado, que se remonta a millones de años, en la nebulosa de los tiempos, de cientos de millones de seres, cuya historia particular ha formado la historia universal y colectiva.

»Y si me pusiera a revelarles, por ejemplo, la muerte de Sócrates o de Amenhotep IV, que no sucedió como cuentan los historiadores, echaría una tremenda responsabilidad sobre mí.

»No me cuesta absolutamente nada concentrarme en la época que deseo y estudiar directamente, de los propios personajes, los hechos más relevantes de sus vidas. Pero no lo haré.

»Prefiero que la historia quede tal y como está, en beneficio del presente y del futuro.

— ¿Y del bien que puede hacer a la humanidad, revelando a tiempo los peligros de los hombres? — preguntó Anthony G. Carter.

Herb esgrimió su mejor sonrisa.

— Nada me infunde más respeto que la humanidad, querido profesor, porque yo mismo soy una parte de ella. ¿Qué no daría yo por mejorar a los hombres?,

«Recuerde el caso del vuelo Kansas City-Los Angeles. Ahí nos encontramos con algo que es consustancial con la vida de las personas: ¡la muerte!

¿Tengo yo poder para dar o quitar vida a los demás, siendo ése el máximo atributo de Dios?

»¡Nadie puede exigirme que acepte esa tremenda responsabilidad!

El auditorio daba ya, en aquel instante máximo, por bien pagados los diez mil dólares de la «invitación», para escuchar el tono de voz sublime de Herb Bleine.

— Yo podría decir a cada uno de ustedes, si me lo propongo, el momento exacto, el día, la hora y el segundo en que cerrarán los ojos para siempre... ¡Y no me equivocaría!

»Sé, además, que algunos no llegarán a mañana. Y sería fácil para mí señalar a esas personas sentenciadas a corto plazo. ¿Qué ocurrirá? ¿Se dan cuenta?

»No, amigos. No lo puedo hacer. Como tampoco puedo decir si el próximo sábado los «Yanquis» ganarán a los «Rangers», o viceversa. Y conozco el resultado del marcador.

— ¡Díganoslo, Herb Bleine! — gritó una voz, entre el público.

Herb sonrió y repuso:

— Lo siento, señor Kidwell. ¿No se llama usted John Kidwell? Le gustaría ganar unos miles de dólares, apostando por el equipo vencedor.

El aludido, que sabía muy bien su nombre y que jamás había hablado antes con Herb Bleine, se estremeció.

— No se preocupe. Usted es hombre afortunado.

Pronto tendrá usted más dinero del que podrá gastar en toda su vida. ¿Complacido?

El hombre no se atrevió a replicar siquiera. Y Herb continuó diciendo:

— Esto no es una sesión pagada de quiromancia. Sé que todos ustedes han desembolsado una fuerte suma de dinero por verme y oírme. No es culpa mía. La sociedad está organizada de ese modo. No todos pueden entrar en este salón, ni yo puedo situarme en el centro del «Yanqui Stadium» y hablar, sesión tras sesión, con la multitud.

»Se limita el espacio y el tiempo para comodidad de todos. Debo hablar y lo hago. Mis representantes actúan a su modo, defendiendo sus intereses a la vez que los míos.

»Yo era antes un empleado que cobraba veintisiete dólares y medio a la semana, que acudía diariamente a la oficina y estaba allí ocho horas, entre papeles y facturas.

»Ahora soy famoso, me reclaman de todas las partes del mundo, tengo

que dejarme ver, hablar y decir cosas, sin repetirme. Cada día, la prensa, la radio y la televisión hablan de mí. Por unos centavos, millones de individuos sabrán esta tarde lo que he hablado aquí.

»Esto es importante. Y no quiero defraudar a nadie.

»Voy a revelarles algo nuevo. Tomen nota los arqueólogos. Si van a Sabría, en Túnez, y buscan en las ruinas de una población, que se llamó Uskra, de mil años antes del apogeo cartaginés. Y que no se sorprendan los arqueólogos cuando descubran que en Uskra las calles estaban alumbradas por luz eléctrica. Les hablo de ocho mil años antes de J. C.

Estas declaraciones de Herb Bleine causaron profundo estupor entre los reunidos.

— Hay más. Que nuestros arqueólogos vayan a Sonora, Méjico, a noventa millas al oeste de Hermosillo, y en un lugar conocido con el nombre de Valle Rojo, por donde hace milenios transcurría un río ya desaparecido, hallarán, a escasos metros de profundidad, las ruinas de otra ciudad, anteriores al imperio maya, que dejará en mantillas todas las grandezas del antiguo Egipto.

»Esa población se llamó Tuixcoztla y desapareció, inundada por las aguas, hace más de tres mil años. Quien vaya allí encontrará riquezas incalculables. Ruego, por tanto, al Gobierno Federal de Méjico, desde aquí, que colabore con los arqueólogos para desenterrar un tesoro artístico y cultural inmenso, que considero pertenece a la humanidad.

— ¿Cómo sabe usted eso? —preguntó un informador, situado en las primeras filas.

— Lo he visto en mi mente, en la franja del pasado. Creo que no daño a nadie revelando esta información, sino, todo lo contrario. Nadie sabe que existen esas ruinas. Empeño mi palabra en que las encontrarán.

»Y si el Instituto Arqueológico quiere más datos, con sumo gusto les facilitaré el lugar exacto dónde deben iniciar las excavaciones.

En todas las sesiones públicas celebradas por Herb se habían hecho revelaciones importantes y transcendentales. Pero aquella parecía ser extraordinaria y única.

* * *

— Háblenos del futuro, señor Bleine —dijo el anfitrión de la mansión en donde Herb había cenado aquella noche.

— Oh, senador, usted sabe que no puedo hacer eso.

Se encontraban en aquel fastuoso salón de New Jersey, con las puertas del jardín abiertas, más de una docena de relevantes personalidades neoyorquinas, entre las que figuraba el propio gobernador del estado, el alcalde, un magistrado del Tribunal Supremo, varios senadores y banqueros e industriales.

Herb Bleine, de etiqueta, era el centro de atracción de la reunión. Y ninguna de las damas, por bella y enjoyada que fuera, y las habían

rutilantes, brillaba tanto como él.

— El futuro nos preocupa bastante a todos —señaló el alcalde. — No lo dudo — replicó Herb con aplomo—. A mí también. Pero conocerlo es muy peligroso. No duden que podría decir a cada uno de ustedes cuál será su destino. Pero me guardaré muy bien de hacerlo.

— ¿Y en términos generales, colectivamente, qué destino espera a nuestro país en los próximos cien años?

Herb miró al gobernador del estado, que era el hombre famoso que había hecho las preguntas. Sonrió y dejó su copa de champaña sobre la mesita contigua.

— Sé que habrá notables cambios, señor gobernador. El proceso se acelera. Nuestro país seguirá como hasta ahora, gozando de privilegiada preponderancia mundial, a cambio, naturalmente, de la renuncia a ciertos privilegios.

»Será una época de paz relativa. La humanidad tiende a unificarse. Habrá menos injusticia social y más comprensión.

— ¡Eso es muy alentador! —exclamó una ilustre dama.

— Tal vez le cueste a usted alguna de sus joyas, señora Liston —observó Herb, sonriendo con gracia—, Pero podrá usted pasar con menos piedras.

— ¡Renunciaría gustosamente a mis joyas, si supiera que con ello ayudaba a mejorar las condiciones de vida de los económicamente débiles! — replicó la dama, políticamente.

— No lo dudo. Sin embargo, no se trata, precisamente, de eso —observó Herb—. Será el gobierno quien recargue más impuestos sobre los fuertes para desarrollar socialmente a los débiles.

— ¿Más impuestos? — exclamó un banquero, que lucía un brillante en la corbata—. ¡No podremos resistirlo!

— Por favor, señor Stampell —dijo Herb—. ¿No querrá usted que colabore con el Departamento de Hacienda para informar sobre los ingresos reales de los financieros?

— ¿Qué quiere decir?

— ¿Por qué no hablamos de algo más importante, señor Bleine? —sugirió discretamente el senador anfitrión.

— Encantado. ¿Qué consideran ustedes importante?

— ¿Existen los extraterrestres? —preguntó la esposa del gobernador.

— Sí — afirmó Herb.

— ¿Cómo son?

— Los hay de todas formas y tamaños, en casi todas las galaxias. Y nos han visitado con frecuencia. Puedo asegurarles que hace cuarenta mil años llegaron a la Tierra unos seres, procedentes de lejanos mundos, y de los cuales proceden las leyendas y mitos de los antiguos dioses.

»Este planeta nuestro estaba habitado ya por seres muy primitivos, cuyo origen fue evolutivo. Muchos de aquellos visitantes del espacio se

marcharon y otros se quedaron, mezclándose con los aborígenes.

«Eso dio lugar a cruces antropológicos y, como consecuencia, surgimos nosotros, que somos una mezcla compleja de individuos semejantes, pero distintos

Los oyentes escuchaban con suma atención. Pero en una pausa, alguien aprovechó para preguntar:

— ¿Y Dios?

— Senador Harper, ruego a usted y a todos los presentes que no duden jamás de la existencia del Sumo Hacedor, sin cuya ayuda no estaríamos nosotros aquí. El hombre, en su increíble soberbia, ha llegado hasta negar la Suprema Existencia, lo que es intolerable e inadmisible.

»Sin embargo, yo no les puedo hablar del Más Allá, ni de la eternidad, y menos puedo revelar lo que ignoro. Sé que todo el concierto cósmico es obra de Dios, y nosotros también actuamos obedeciendo las inmutables leyes del Universo.

»Lo que hay más allá de la vida, lo sabremos a su debido tiempo, la Gloria no la alcanzarán todos, por supuesto. La vida es un período transitorio, breve, casi un soplo en el concierto infinito de la eternidad.

»Yo les aconsejo que obren siempre de acuerdo con las leyes naturales, que están escritas en el Decálogo. No se arrepentirán de ello.

Capítulo VI

La primera llamada la recibió Benny Colbert, uno de los agentes encargados de la protección de Herb Bleine, en la centralita auxiliar que el grupo tenía en el segundo piso del «Sheraton Hotel», de Nueva York.

Colbert, respondiendo a la llamada, con las piernas estiradas y apoyados los pies en la mesa, dijo:

— Sí, habitaciones privadas de Herb Bleine. ¿Quién le llama?

—No importa mi nombre —dijo la voz grave, a través del auricular. —Deseo hablar con Herb Bleine en privado.

Benny Colbert estuvo a punto de colgar y dar a por zanjada la conversación Pero algo debió aguijonear su curiosidad.

— Mal procedimiento es ése para querer hablar con Herb Bleine. Hay millones de personas que desean hacerlo. Por tanto, debe usted, darme su nombre y dirección y exponerme el motivo de su llamada.

— No daré mi nombre por ahora. Sólo puedo decirle que Herb Bleine tiene más motivos para desear hablar conmigo de los que tengo yo para hablar con él — contestó el anónimo comunicante.

— ¡Pues buenas noches y que descanse, amigo! — exclamó Colbert, dejando caer el auricular para enseguida tomar el periódico que había abandonado.

Exactamente tres minutos después, volvió a llamar el mismo individuo. Colbert, exasperado, repuso:

— El señor Bleine no está aquí. Dígame lo que quiere, déme su nombre y le pasaré el recado. De lo contrario, no vuelva a llamar o avisaré a la policía.

— No puedo darle mi nombre. Pero dígale al señor Bleine que yo soy la persona que colocó el «lumpental» en el frasco de «Sulfipropax».

— Eh, ¿qué es eso?

— Dígaselo tal y como se lo he dicho. Mañana, a las diez, volveré a llamarle. Confío en que estará aguardando mi llamada.

Antes de que Benny Colbert pudiera responder, la comunicación se cortó. Por suerte, la centralita auxiliar poseía registro de grabación, y Colbert pudo escuchar de nuevo las palabras que había pronunciado el misterioso comunicante.

Y como Benny Colbert no era tonto, llamó a la habitación de Jeff McCain, donde se encontraba el ahora famoso periodista, acompañado de dos preciosas modelos de alta costura.

— ¿Señor McCain, puede venir un momento?

— ¿Ahora? ¿Qué ocurre?

— Deseo que escuche la grabación de una llamada, concerniente al señor Karman está en Washington y...

— Está bien. Aguarda un momento. En seguida voy.

Algo desarreglado, el periodista apareció a los pocos minutos. Colbert

conectó el repetidor magnetofónico, mientras decía:

— Ha llamado dos veces Yo creo que es una tomadura de pelo. Pero... ¿Quién sabe?

Jeff escuchó la grabación y dictaminó sin vacilar:

— ¡Es una tomadura de cabello, Benny! ¡Déjame en paz! Y si vuelve a llamar, le amenazas con avisar a la policía.

A Benny Colbert le relevó, a media noche, otro agente llamado Peter Hunt. Estaba dormitando sobre la mesa cuando regresó Herb Bleine de su velada en casa del senador Harper. Con él llegaron seis hombres, que se distribuyeron por el piso, aunque dos de ellos se quedaron ante la puerta de la habitación de Herb.

El F.B.I. y la C.I.A. había insistido en proteger la vida de Herb Bleine. Se temía que algún «gang» tratase de secuestrarle. Lo que había en la mente del «Vidente» valía por casi todas las riquezas del mundo. Y, como tributo a su fama, Herb hubo de soportar la guardia.

Al quedar solo en su habitación, mientras se desnudaba para meterse en la cama, vio el teléfono y pensó en Marie, que se encontraría en su casa de Mulvane, viendo la televisión o leyendo alguna de las charlas divulgadas por él.

Pensó en llamarla y establecer con ella, al cabo de dos días, un contacto directo. La víspera, Herb «vio» a Marie a través de su mente. Ella estaba enojada. Un periodista la había asediado todo el día, tratando de conseguir unas declaraciones de la prometida del hombre más famoso del mundo.

¡Y Marie estaba harta ya de publicidad!

Herb la vio dar al reportero con la puerta en las narices, mientras amenazaba con avisar al comisario Sheeffrey, si seguía molestándola.

Fue entonces cuando Herb pensó en dejarlo todo, regresar a Mulvane y casarse en secreto con Marie, para desaparecer ambos, acto seguido, e irse en yate o avión a una pequeña isla del Pacífico, donde el profesor Carter aseguró que nadie le molestaría.

— Necesito descansar una temporada. Seguir conociendo gente importante no tiene sentido. En todas partes me hacen las mismas preguntas difíciles, como si yo pudiera salvar a la humanidad y solucionar los problemas que no tienen solución. ¿Qué conozco el futuro? ¡Ni siquiera yo me atrevo a sondear en mi existencia venidera! ¿Qué se han creído?

— ¡Has asumido una grave responsabilidad, Bleine! — parecía estar oyendo la voz de Kurt Eigg —. Te recomiendo mucho cuidado. Es fácil impresionar a la gente con los poderes extrasensoriales que posees. Tu percepción es la más extraordinaria que he conocido. Pero... ¡Ten cuidado; es muy peligroso todo lo que sabes! ».

— ¡Bah, Herb; no te inquietes! — había agregado Casius Karman, sonriendo — ¿Sabes cuánto has ganado en tan poco tiempo? Posees ya más de veinte millones de dólares. Y hay contratos firmados por más de quinientos millones más. ¿De qué tienes que preocuparte? Estoy

organizando un gabinete técnico que preparará todo cuanto tienes que decir. Nos llaman insistentemente de Europa, ofreciéndonos cantidades fabulosas...

— ¡Cuidado, Herb Bleine! ¡Todo esto puede terminar de modo imprevisto! ¡Lo fantástico suele ser irreal!

* * *

Había otro agente de guardia cuando volvió a llamar el individuo de la voz grave. Era un hombre de la C. I. A., llamado Andy Kuiper. Con el cigarrillo en los labios, preguntó:

— ¿Quién llama?

— ¿Han dado mi recado a Herb Bleine?

— ¿Qué recado? ¿Quién es usted?

— ¿Está Herb Bleine ahí? Tengo que hablarle. Les dije que llamaría hoy a las diez.

— Pues no sé nada. ¿Quiere repetir su recado? Y dígame su nombre.

— No pierdan el tiempo. Sólo hablaré con Herb Bleine. Es muy importante para él.

— ¡Pues lo siento, amigo! ¡Llame a otro número o déme sus señas! — Andy Kuiper, como su colega Colbert, cortó la comunicación.

Casi al instante, por la línea interior, llamó el propio Herb, pidiendo comunicación con Mulvane.

— Ha llamado un tipo que no ha querido dar su nombre, señor Bleine — informó Kuiper —. Dice que llamó antes y dijo que volvería a llamar hoy. Si hacemos caso a todos los que...

— ¿Cuándo llamó?

— No lo sé. Debían estar Colbert o Hunt. ¿Quiere que averigüe algo?

— Bueno. Hágalo. Ahora, póngame con Mulvane 305.

— Sí, señor Bleine.

Herb llamaba a su casa. Habló con su madre, a quien dijo que iba a volver pronto a casa, que estuviera preparada para una sorpresa. La señora Bleine se emocionó mucho al oír la voz de su hijo e hizo toda una serie de recomendaciones. Habían escuchado todas las charlas que dio, leído todos los periódicos y revistas y no se hablaba en todo Mulvane nada más que de él.

— ¡No te puedes hacer una idea de la cantidad de gente que ha venido últimamente a Mulvane! ¡La ciudad de lona tiene más de cien mil habitantes! ¡Esto es una feria! Ha dicho tu padre que cobrará un dólar por cada fotografía que le hagan a la casa y que está dispuesto a cercarlo todo con alambre de espino para que nadie se acerque.

»No podemos ni salir a la calle. Y Marie está peor que nosotros. El comisario le ha puesto una escolta. La rodean por todas partes que va.

— Todo se arreglará, mamá. Es el tributo a la fama. No te preocupes. Creo que estaré ahí este fin de semana. No te lo aseguro, pero deseo volver.

— ¡Ven, hijo; te echamos mucho de menos!

Se enviaron besos por teléfono y luego Herb cortó la comunicación. Fue entonces cuando el agente Andy Kuiper le llamó.

— Hay una grabación con la voz del tipo que ha llamado. ¿Quiere oírla, señor Bleine?

— Sí, por favor.

¡Cuando Herb escuchó el nombre de «Sulfipropax» abrió enormemente los ojos!

— ¡Pase otra vez esa grabación, Kuiper! ¡Y llame al señor Karman y Jeff McCain!

— ¿Es importante esto? — preguntó Andy Kuiper.

— ¡Sí, si...! Llame también a la Universidad de Kansas y localice al doctor Eigg. Es muy importante. Necesito hablar con él cuanto antes.

Andy Kuiper pidió ayuda a sus compañeros y pronto, Jeff McCain escuchaba de nuevo la grabación a la que la víspera no prestó atención.

— ¿Qué significa esto? — quiso saber.

— ¿No lo has oído? ¡Ese hombre es la persona que colocó el «lumpental» en el frasco de «Sulfipropax»! — casi gritó Herb.

— ¿Y qué es el «lumpental» y el «Sulfipropax»?

— ¡Por Dios Jeff; el «Sulfipropax» es la medicina que me recetó el doctor Finney! ¡El doctor Kurt Eigg sugirió que, posiblemente, ese fármaco me produjera el cambio! ¡Y yo tomé aquellas píldoras!

Algo que Herb Bleine no había podido averiguar, porque era incapaz de buscar el indicio adecuado para ello, consistía en conocer cómo adquirió el extraordinario poder. Se había devanado los sesos largas horas, hurgando en la franja inferior de su mente tridimensional y buscando en el pasado de sí mismo. Gracias a ello, se había vuelto a ver, como si recordase con toda nitidez, en el instante de sentirse indispuesto, de abandonar el trabajo, acudir a la consulta del doctor Finney y dirigirse luego a su casa para meterse en la cama.

El doctor Kurt Eigg había insinuado que el medicamento ingerido, el «Sulfipropax», pudo ocasionar su extraño cambio. Pero la medicina que analizada cuidadosamente, consiguiéndose otra muestra del consultorio del doctor Finney, y el resultado fue negativo. Aquel producto se había utilizado, además, en otras personas y en ninguna causó efecto anormal alguno.

El propio doctor Eigg se encargó de los análisis. Por esta razón, Herb Bleine llamó inmediatamente a Kansas City, logrando ponerse en contacto con el científico alemán, al que explicó lo que sucedía.

— No conozco ningún producto llamado «lumpental» — fue lo que dijo Eigg —. Pero consultaremos con el Departamento de Sanidad. Desde luego, es conveniente que hables con ese hombre y grabéis cuidadosamente todo lo que diga.

— ¿Crees que puede ser cierto lo que se insinúa en esa llamada, Kurt?

— preguntó Herb, que había tomado notable confianza con el neuropsiquiatra.

— No anticipemos acontecimientos — se apresuró a replicar Eigg —. Habla con ese hombre, si insiste en llamar.

—¡Pero yo tengo que dar dos conferencias hoy! — argumentó Herb.

— Haz que te pasen la llamada al lugar en donde estés o no te muevas de ahí. Y tenme informado. Yo repasaré de nuevo la fórmula del «Sulfipropax», por si se nos hubiera pasado algo por alto.

— De acuerdo.

Sin embargo, Herb Bleine no tuvo que alterar sus planes, porque el anónimo informante volvió a llamar poco después. Y, en esta ocasión, los agentes de la centralita pasaron inmediatamente la comunicación a Herb.

— Sí, soy Herb Bleine. ¿Con quién hablo?

Al otro lado del hilo telefónico, una voz grave repuso:

— Permítame que oculte mi personalidad, señor Bleine. Eso no importa ahora. Deseo que tome buena nota de lo que voy a decirle. Los efectos del «lumpental» pronto empezarán a disiparse. No sé lo que puede ocurrirle a usted. Temo sin embargo, que su cerebro quede afectado para siempre.

— ¿Qué está diciendo? ¿Qué sabe usted de lo que me ocurre?

— Lo sé muy bien. Si pudiera confiar en usted, sería conveniente que nos viéramos a solas y hablásemos con calma. Pero sé que le vigilan estrechamente y no quiero correr riesgos.

— ¡No sé de qué me está usted hablando! ¡Y me niego a continuar perdiendo el tiempo, a menos que sea usted más explícito!

— No se altere, señor Bleine. Mi trabajo le ha beneficiado a usted mucho, aunque sea por breve tiempo. Soy químico y descubrí el «lumpental», el cual introduje en uno de los frascos creados por los laboratorios que han elaborado el «Sulfipropax». Estoy relacionado con esa empresa y pude realizar el cambio en uno de los frascos. Luego, le seguí la pista hasta Mulvane.

»Concretamente ignoraba a quien iría destinado. Pero pronto supe que le tocó a usted, gracias a la prensa. Y todos estos días he estado estudiándole a distancia.

»Mi propósito era observarle más de cerca, pero no me ha sido posible. No conté con la excesiva popularidad que le han dado sus colaboradores.

— ¿Me ha utilizado usted como conejo de indias? — preguntó Herb, consternado.

— He actuado en beneficio de la humanidad, se lo aseguro. Espero que comprenda bien esto. El destino le señaló a usted. Se trata de una singular y extraordinaria experiencia, cuyos resultados todavía son imprevisibles. Sé que experimentará usted trastornos al disiparse el efecto del «lumpental» y mi deseo es hallar la manera de poder ayudarle.

— ¡Haré que le detengan por esto! —exclamó Herb

— Lo siento. Ya tengo que colgar. No deseo que localicen el teléfono

desde donde llamo. Telefonearé más tarde. Todavía no he dicho lo que creo es mi deber.

— ¡Quiero saber quién es usted! — gritó Herb.

Pero nadie le escuchó, excepto los agentes que le protegían, quienes habían escuchado toda la charla. Ahora, todos miraban a Herb de un modo conmiserativo. Sólo Jeff McCain expuso:

— Todo eso es un «bluff», Herb. Alguien se ha inventado un bonito cuento y trata de inquietarte. Estoy seguro de que seguirá molestándote, hasta lograr que pierdas la confianza en ti mismo. Después, se las arreglará para sacarte un buen puñado de dólares.

— ¡Pero yo tomé el medicamento que me dio el doctor Finney!

— Evidentemente. ¿Y qué? Eso no quiere decir nada. Mucha gente sabe lo que hiciste el día en que notaste los primeros síntomas. Hay gente con imaginación. El «Sulfipropax» está en el mercado. Alguien se enteró que lo tomaste y trata de confundirte con esa fábula.

— No... no... Tú has escuchado esa voz, Jeff... ¡Y ha dicho que puedo sufrir trastornos graves! ¡Él quiere ayudarme! ¡Es un químico que ha conseguido una receta extraña, un alucinógeno capaz de producir los efectos que todos conocemos! ¡Pero se irá perdiendo el poder extrasensorial y... puedo volverme loco!

Jeff McCain Jr. no se atrevió a replicar. Para él, Herb Bleine era un estupendo negocio. Pero aunque terminase de pronto, con la obscuridad total del «Vidente», él y Casius Karman ya habían ganado suficiente dinero.

No, nadie se atrevió a replicar. ¡Y Herb Bleine quedó a solas con su terror!

Capítulo VII

Herb Bleine apenas sí pudo ocultar la inquietud que le dominó durante todo el día, durante el cual hubo de dar una conferencia en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y otro en el Smithsonian Instituto de Nueva York, ante un compacto y enorme grupo de hombres de ciencia que le asediaron con toda clase de preguntas.

Le llamó también por teléfono el Presidente de los Estados Unidos, rogándole fuera a verle cuanto antes, para tratar de un asunto de extremada importancia nacional. Herb prometió volar a Washington aquella misma noche.

Pero en su mente había otra idea y estaba dispuesto a llevarla a cabo solo, sin consultar con nadie. Por ello, a pesar de la vigilancia de que era objeto, se las compuso para efectuar una llamada a Mulvane desde una cabina pública, cuando regresaba al hotel. Ordenó al chófer que se detuviera, salió del vehículo y entró en la cabina, mientras los agentes de su escolta se quedaban fuera.

La llamada era para Marie Dewey, en Mulvane.

— Escúchame bien, Marie. Esta noche debo salir para Washington, donde me espera el Presidente. Pero no iré. Me las arreglaré para escabullirme antes. Escaparé y regresaré a Kansas City. Quiero que me esperes en la salida del aeropuerto, con un coche. Procura que nadie te vea, ni te siga. Es muy importante que hable contigo de lo que está ocurriendo. Después, si lo creemos conveniente, iremos a ver al doctor Eigg.

— ¿Qué es lo que ocurre, Herb? ¡Me asustas!

— No te lo puedo decir por teléfono. Haz lo que te digo. Creo poder reunirme contigo a las cuatro de la madrugada... ¡No te importe lo que digan tus padres, Marie! ¡Necesito verte y sólo puede ser de este modo!

Marie quedó muy preocupada; pero prometió hacer lo que él le dijo.

De regreso al hotel, Herb preguntó si había llamado el comunicante anónimo. El agente Benny Colbert negó con la cabeza y dijo:

— Localizamos los números del teléfono desde dónde llamó las tres veces. Corresponde a teléfonos públicos, de distintos lugares de la ciudad. Una cabina en Central Park, otra en el vestíbulo de un teatro y la tercera desde una tienda.

»También se ha iniciado una investigación en la «Midget Physical Lab.»., donde hemos introducido algunos hombres en secreto, para ver si averiguan algo. Sólo uno de los dirigentes de la empresa sabe quiénes somos, pero no lo que buscamos.

— Entiendo — asintió Herb —. Si llama ese hombre de nuevo, comuníquenme con él rápidamente. Deseo estar solo y no quiero que me molesten. Esta noche, a las once, debo tomar un avión para Washington.

— Sí. Estamos informados. Todo estará previsto.

Al quedar solo en su lujoso cuarto, Herb abrió un armario corredizo y

buscó un pequeño maletín, en el que guardó una camisa, ropa interior y calcetines, y lo imprescindible para su huida.

Luego, contó el dinero que llevaba en el billetero. Karman le había entregado días antes veinte mil dólares, dándole una palmita en la espalda y diciéndole: «Con esto te sentirás importante». Era más que suficiente para llegar a Mulvane.

Se vistió con ropas que no había utilizado jamás, casi disfrazándose. Luego, con el maletín en la mano, se dirigió a la habitación contigua, cuya puerta comunicaba con la suya. Allí, abrió sigilosamente la puerta que daba al pasillo. Los dos agentes se habían acomodado ya en sus butacas, disponiéndose a pasar la guardia cómodamente. No se les había ocurrido que Herb Bleine pudiera tratar de escapar. Y no se dieron cuenta de su salida.

Herb dobló el recodo del pasillo y desapareció por la escalera de servicio, teniendo la mala fortuna de darse casi de cara con un camarero, que se quedó boquiabierto al verle.

¡Chisst! — siseó Herb —. No diga usted nada. Le doy mil dólares si me indica una salida.

— Pero... ¡Usted es...!

Sí. Herb Bleine. Tengo que salir sin que mi escolta me vea.

— Sí. sí... Venga usted por aquí.

El camarero le acompañó hasta la planta baja, donde dejó la bandeja que llevaba. Luego, le condujo por varios corredores hasta desembocar a una calle trasera.

Encontrará una parada de taxis en la esquina — dijo el empleado del hotel.

— Tenga y no diga usted nada.

Herb dio un billete al confundido camarero, quien trató de rechazarlo. Pero Herb ya se alejaba a toda prisa.

Un taxi le llevó al aeropuerto. Otro billete de mil dólares sirvió para ganarse la colaboración del taxista, quien le llevó hasta las cercanías de un teatro. Allí se detuvo, bajó el conductor y no tardó en regresar con una barba y un bigote postizos.

— ¿Qué le dije? Mi amigo Bellamy es una joya. Me ha dado también pasta para pegarlo. Con esto no le reconocerá ni su padre, señor Bleine. Y por mí no sabrá nadie dónde se ha metido usted.

— Gracias, Steve. Ha sido usted muy amable.

— ¡Yo haría por usted lo que me pidiera, se lo juro! Y no es por el interés, bien lo sabe Dios. Este dinero servirá para tapar unos cuantos agujeros que hay en casa. Janet se pondrá muy contenta.

Antes de abandonar el taxi, poco después, en el aeropuerto, Herb dejó disimuladamente otros cinco mil dólares en el asiento trasero del taxi.

Media hora después, Herb tomaba un avión para Kansas City, sin preocuparse del revuelo que su desaparición había producido en el

«Sheraton Hotel», donde la primera sospecha fue que le habían secuestrado.

Marie le estaba esperando sentada en el interior de un automóvil que pidió prestado a un compañero de trabajo. Con el coche se trasladó en dos horas a Kansas City, y allí aguardó, impaciente, la llegada del avión de Nueva York.

Al fin, llegó Herb, disfrazado con aquella extraña barba, a pesar de la cual, Marie reconoció a su novio. Inmediatamente, se alejaron de allí, tomando la carretera de Wichita.

— ¿Qué es lo que sucede, Herb? ¡He estado sobre ascuas desde que me llamaste!

— Debemos tener serenidad, Marie — fue lo primero que dijo él — Tuve una llamada telefónica y me comunicaron la posibilidad de graves trastornos mentales.

—¿Eh?

— Es mejor que te detengas en algún sitio y hablaremos más tranquilamente, Marie. Has hecho un viraje peligroso.

La joven eligió un camino secundario y apartó el coche, situándolo entre unos matorrales. Allí, apagó las luces y se volvió a él, muy excitada.

— ¡Cuéntamelo todo, por favor!

Herb no omitió nada en absoluto. Cuando terminó su relato, Marie estaba sollozando.

— ¡Es terrible! ¿Cómo puede nadie imaginar un plan tan diabólico?

— Aquel hombre dijo estar haciendo una experiencia en beneficio de la humanidad. Yo creo que es un loco y el destino me ha señalado a mí como víctima. No sé qué hacer. Se me ocurrió, antes de esto, que podíamos irnos, tú y yo, a cualquier lugar apartado de la civilización, contraer matrimonio y mantenernos ocultos durante algún tiempo.

— ¡No, no! ¡Eso es un disparate, Herb! ¡Estás en peligro! Lo que ocurre no es natural. Nadie posee las facultades tuyas. Pero eso es malo... ¡Y presiento un trágico desenlace!

Marie no ocultaba su terror y no contribuía en nada a calmar el creciente temor de Herb.

Se abrazaron estrechamente en la oscuridad. Sus corazones, inquietos ante lo desconocido, latían con fuerza inusitada.

— ¡Huyamos, Marie! ¡Aprovechemos el tiempo que nos queda! ¡He ganado mucho dinero que será, tuyo cuando yo...!

— ¡No digas eso! — casi gritó ella tapándole la boca — ¡Calla, no puedes huir como un cobarde ante la primera dificultad que surge! Yo presentía que algo nefasto iba a suceder. Lo intuí y no me he equivocado.

«Pero no es huyendo como se debe solucionar esto. ¿Qué dice el doctor Eigg?

— Está tratando de averiguar algo. Jeff McCain, por su parte, dice que no haga caso. Supone que debe tratarse de un tipo que pretende conseguir

dinero. ¡Ah, si fuera eso! Pero yo temo que sea verdad lo que dice.

— ¿Y cómo puede alguien encontrar una droga capaz de producir los efectos que ha producido en tí, sin experimentarla con alguien, directamente? ¡Es aterrador recurrir al procedimiento de dejar ir esa droga en el interior de un frasco de medicinas, para que la tome el ser menos idóneo!

— No comprendo los motivos que tuvo ese misterioso químico para actuar del modo cómo lo ha hecho. Pero si es verdad lo que dice, la víctima he sido yo.

— Una víctima muy afortunada, por cierto — dijo Marie.

— ¡Preferiría volver a la situación en que estaba y no haber pasado por esta experiencia! A nuestra manera, con nuestros pobres sueños, éramos felices.

— Sí. Y ahora... ¡Oh, Herb! ¿Qué hacemos? ¡Deben estar buscándote por todo el país! No se puede dejar de asistir a una entrevista con el Presidente del modo que tú lo has hecho. ¿Por qué no vamos a la Universidad a ver al doctor Eigg? No estamos lejos. Él puede saber algo, tener noticias, hacer cualquier cosa...

— ¡De todos cuantos he tratado en esta aventura, él, es la persona que me inspira más confianza de todas! — exclamó Herb.

— Pues vamos a verle ahora mismo — propuso Marie —. Aquí, abrazados como dos adolescentes, no solucionaremos nada. Y, desde luego, escapar solos tampoco es solución.

— Tenía que hablar con alguien — murmuró Herb. — Me encuentro en un mundo irreal y extraño, al que no correspondo... ¡Y sólo a tí puedo confesarte que tengo miedo!

— ¡Herb, mi pobre y querido Herb! — jadeó Marie, apretándose contra él —. ¡Pero tú conoces el futuro!

Herb se estremeció al escuchar esto. También lo había pensado, y no se atrevió siquiera a conservar este pensamiento. Durante el vuelo de Nueva York a Kansas City tuvo pensamientos que no podía calificar de normales. Se dijo que, con una simple concentración mental, podía averiguar quién era el hombre que le llamó por teléfono. Para él el anonimato carecía de sentido. Sólo tenía que concentrarse en el hombre que le llamó y sabría cuanto necesitaba.

¡El miedo le había impedido realizar la prueba! ¡Un miedo extraño, demoledor, contagioso e intenso! ¡Las palabras que oyó por teléfono parecía sentirlas ya en su propia mente! ¡Miedo a la locura, a la oscuridad total!

— ¿Qué te ocurre, Herb? ¡Nadie mejor que tú para saber lo que debes hacer!

— Es cierto, Marie. Mas no sé cómo explicarte lo que siento. Ni siquiera me atrevo a indagar en mi mente, a esforzarme en conocer la verdad que haya oculta en mi cerebro.

«Cuando hablé con el Presidente la primera vez, le dije que mis conocimientos no me pertenecen, ni pertenecen tampoco a nadie. Es mi principio de ética. La justicia debe guiar mis actos. Nadie podía exigirme que hiciera algo en beneficio de unos seres y en perjuicio de otros.

«Ahora, Marie, es como si temiera traicionarme a mí mismo. ¿Qué pasará si descorro la cortina de mi futuro, si me entero anticipadamente de cuál ha de ser mi destino? ¿No es cómo anticipar mi existencia o aproximar mi muerte?

— ¡No hables como un ser vulgar y corriente, Herb! Tú estás por encima de todos nosotros. La impresión que te ha causado la idea de una posible locura, te ha trastornado. No tienes pruebas de que eso haya de ocurrir. Pero puedes tenerlas.

— ¿Quieres que averigüe, quién es el hombre que me ha llamado? — preguntó Herb, tratando de ver los ojos de Marie, en la oscuridad.

— No lo sé... Creo que debemos ver al doctor Eigg cuanto antes. Su consejo nos puede ser útil. Y si él cree que tu percepción extrasensorial puede ayudarte, entonces...

* * *

Kurt Eigg abrió la puerta de su casa para dejar entrar a la pareja, cuyo coche había detenido Marie junto a la acera. Las primeras palabras del neuropsiquiatra fueron:

— Me alegro que hayas venido a verme. Me han llamado de Nueva York tres veces. Todo el gallinero está revuelto por allá. Pero no os preocupéis. Nadie sabrá que estáis aquí. Al menos, por ahora. ¿Queréis pasar a mi despacho?

El vestíbulo del pequeño edificio estaba en la penumbra. Sólo una luz alumbraba la entrada. En cambio, el despacho, sobriamente decorado, estaba muy bien iluminado.

— Sentaos por ahí — dijo Kurt Eigg, cerrando la puerta —. Jeff McCain teme que hayas sido secuestrado. Han avisado al F. B. I. y a la policía de Nueva York.

— ¿Has averiguado algo del «Sulfipropax»? — preguntó Herb.

— No. Las píldoras que analizamos en el laboratorio son auténticas. No hay razón para suponer que las tuyas no lo fueran. También he estudiado tus análisis y tampoco he resuelto nada. Pero, como te he dicho por teléfono, la solución está en tu mente.

— Sí, ya lo sé. Pero ¿y después? — inquirió Herb.

— El después pertenece al futuro, que es una incógnita para todos nosotros, excepto para tí — habló Kurt Eigg, de pie delante de Herb y Marie —. En tu caso, lo primero que haría es consultar tu cerebro y averiguar quién es el comunicante que tanto te ha alarmado. Eso es importante. ¿Puedes hacerlo?

— Creo que sí, aunque no tengo más referencia suya que la voz y una

hora determinada, en que utilizó el teléfono público, para llamarme.

— Trata de saber quién es. Si es un farsante, olvídale y regresa a Nueva York. Pero si es alguien que ha dicho la verdad...

Herb no respondió. Se volvió y consultó a Marie con la mirada. Ésta asintió, musitando:

—Eso no te causará mucho perjuicio. Luego...

Herb se serenó y dijo:

— Está bien... Veamos quién es ese misterioso químico...

No tenía necesidad de cerrar los ojos. Se concentró con su iluminado cerebro, cuya cortina inferior se alzó, dejando ver la luz confusa que siempre aparecía antes de centrar sus pensamientos.

Hizo viajar la mente hacia Nueva York. Sabía que a las diez de la mañana, del día anterior, un hombre llamó al «Sheraton Hotel» desde una cabina pública de Central Park.

Primero captó una panorámica del parque. Su mente se centró luego en una cabina, protegida por un semicírculo de árboles. No había nadie, pero Herb sabía que el tiempo estaba retrocediendo hacia el momento deseado por él.

Y, de pronto, en sus «ideas» se materializó una figura que vestía un traje de verano, de corte antiguo, y un sombrero blanco, bajo cuyas alas surgía una pelambrera gris y revuelta.

Pudo ver su rostro arrugado, sus gafas de montura metálica, su bigote entrecano. ¡Y le oyó hablar con la voz que ya había escuchado antes, repitiendo palabras que Herb oyó en la grabadora de la centralita telefónica!

— ¡Le tengo localizado! — exclamó Herb — ¡Estoy viéndole hablar conmigo! ¡Es un hombre de unos sesenta años, con aspecto estrafalario, de cabellos blancos! ¡Y no tiene aspecto de embaucador!

— ¿Quién es? — preguntó Kurt Eigg excitadamente— ¿Puedes saber quién es?

— Sí... Ahora lo veo en otro lugar... Sé su nombre... Gamon... Y un apellido raro... ¡Gamon Udskat! Creo que es árabe... Egipcio, sí. Está durmiendo en la buhardilla de una casa de Coney Island, cerca de un parque de atracciones.

Herb pudo centrar su atención en torno a la imagen que percibía del misterioso comunicante telefónico. Vio su desordenado cuarto, en donde había una vieja mesa, junto a la ventana, sobre la que percibió un pequeño y complicado laboratorio químico. Vio también una estantería repleta de viejos libros impresos en lenguas extranjeras. Había frascos y retortas por doquier hasta en los rincones, en el lavabo y sobre el armario.

El desorden que reinaba en aquella estancia, en uno de cuyos rincones dormía Gamon Udskat, envuelto en un pijama a rayas, era desconcertante. Sobre un fogón apagado, de gas, había una sartén con unas salchichas quemadas; tomates, huevos y varias latas de conserva cubrían los lados de

la reducida cocina.

— Es un sujeto extraño — habló Herb, después de explicar a sus oyentes cómo vivía Udskat —. Presiento que está loco o es un sabio. Ha debido estudiar y trabajar mucho, pero no quiere fama, dinero ni publicidad... ¡Ah, tiene un amigo, un químico farmacéutico, llamado Duane Smith, de veintinueve años de edad, que trabaja en el «Midget Physical Laboratory», de Nueva York... ¡Los que prepararon el «Sulfipropax»!

»Sé que el viejo Udskat ha descubierto procedimientos químicos inquietantes. Es una especie de mago o alquimista, que conoce muchas sustancias químicas extrañas.

Kurt Eigg, que había escuchado atentamente, la descripción de Herb, musitó:

— Creo que será preciso ir a Nueva York a ver a ese hombre. ¿Tomamos un avión?

— ¿Vamos los tres? — preguntó Herb.

— Sí, ¿por qué no? Podemos ir en automóvil. Creo que pasaremos desapercibidos.

Capítulo VIII

Fue un largo viaje por carretera, desde Kansas City a Nueva York. Pero Marie y el doctor Eigg se turnaron en el volante, mientras Herb descansaba, en el asiento trasero, durmiendo después de haberle administrado un sedante.

Sabían, por las noticias de la radio, que se buscaba a Herb por todo el país. Sin embargo, las últimas informaciones decían que no se descartaba la hipótesis de un secuestro, pero algunos indicios hacían suponer que Herb Bleine había desaparecido voluntariamente.

De cualquier modo, Marie y Kurt Eigg no encontraron dificultades en su viaje, la última parte del cual la hicieron con Herb despierto y protegido por la barba postiza.

Fue Herb quien advirtió a su novia que se desviara por una carretera lateral, al descubrir un control de la policía, cerca de Newark.

— Están registrando todos los coches... ¡Y me buscan a mí! Es mejor tomar hacia Plainfield y luego dirigirse hacia Red Bank. Entraremos en Nueva York sin contratiempos.

Así lo hizo Marie y resultó como había dicho Herb. A media tarde, llegaban a su destino y detenían el coche cerca del parque de atracciones.

Un chiquillo desastrado se les acercó.

— Les cuido el coche por cincuenta centavos. Nadie les tocará nada si yo estoy aquí — ofreció el chico.

Marie, sonriente, le dio un dólar.

— ¿Vives por aquí?

— Sí.

— ¿Conoces a un hombre de cabellos blancos que se llama Gamon Udskat?

— ¡Oh, sí! — exclamó el chiquillo, señalando una de las casas próximas, en las que se había fijado Herb —. Vive allí, en el último piso. Muchas veces está en el tejado, mirando hacia el mar. Le llaman «Uncle Candy», porque da caramelos a los niños. A mí me ha dado algunas veces. Pero no son caramelos como los que venden en la pastelería. Estos los hace él en su casa. Y son muy buenos.

— Gracias, pequeño. Vamos a ver si vemos a «Uncle Candy». Vigila bien el coche.

Pero después de subir seis pisos por una deteriorada escalera, nadie respondió a sus llamadas. Una mujer muy pintada, cubierta con una bata de flores, asomó a la puerta del piso inferior.

— ¿Buscan al viejo chiflado? — preguntó, asomándose entre los barrotes de la barandilla.

— Buscamos a Gamon Udskat — dijo Kurt Eigg.

— Ha salido con su sobrino — dijo la mujer —. Los he oído bajar hace media hora.

— ¡No sabía que tuviera un sobrino! — exclamó Herb, arreglándose la barba.

La mujer miró de un modo raro a Herb y replicó:

— Bueno, sobrino o lo que sea. Me refiero al joven Duane Smith, el que trabaja en unos laboratorios de Queen's.

— Entiendo. ¿Y no sabe cuándo volverán?

— ¡Vamos, amigos: aquí no nos metemos nadie en la vida de los demás! Pero el viejo estará aquí antes de las nueve. Invariablemente, se retira a esa hora.

— Le esperaremos abajo, en el coche — propuso Kurt Eigg —. Gracias por su información.

— Últimamente, «Uncle Candy» sale con frecuencia, compra muchos periódicos y no trabaja en sus inventos como antes — siguió diciendo la mujer, «que no se metía en la vida de los demás», mientras Herb, Marie y Eigg descendían la escalera —. ¿Son ustedes amigos suyos?

— Sí, naturalmente — dijo Marie —. Se alegrará mucho de vemos.

— Es un viejo inofensivo y bueno. Pero nadie sabe de qué vive.

— Gamon Udskat vive de su trabajo — habló Herb secamente, dejando a la mujer desconcertada y descendiendo la escalera.

Bajaron a la calle. El chiquillo que les guardaba el coche se encontraba ahora rodeado de un grupo de amigos. Fueron hacia él, mientras los otros pequeños se apartaban tímidamente.

— El «Uncle Candy» no está en casa — dijo Marie. — Tendremos que esperarle. Vamos a estacionar el coche delante de su puerta.

— ¿Buscan a «Uncle Candy»? — preguntó un jovenzuelo pecoso, adelantándose.

— Sí. ¿Sabes dónde está?

— En el café de «Timmy», en Cross Street, cerca de aquí. Le he visto allí hace poco, con un hombre.

— ¿Quieres acompañamos? — preguntó Herb.

— Sí. Vamos allá.

* * *

El café de «Timmy» era un lugar destartalado, sucio y maloliente, donde se reunían diversos tipos del barrio a tomar unas cervezas. Había que bajar tres escalones. Las cristaleras bajas permitían ver el interior.

Y a través de ellas, los que habían viajado desde Kansas City a Nueva York, para ver a Gamon Udskat, descubrieron al viejo químico y a su presunto sobrino, Duane Smith, ambos sentados junto a la vidriera, tomando té y hablando en susurros.

Herb entró, seguido de Marie y Kurt Eigg. Se acercó a la mesa en donde estaban los dos sujetos y dijo, en voz baja:

— Hola, señor Udskat... Soy Herbert Bleine.

Tanto Duane como Udskat se sorprendieron.

— ¿Podemos hablar con ustedes? No teman. No teman. No son de la policía.

— ¡Te lo dije, Duane! — exclamó el viejo — ¡Podía localizarme! ¡Él lo sabe y lo ve todo!

— No se alarmen. No pretendemos causarles daño alguno.

— Yo no estoy asustado. Pero Duane tiembla nada más ver un policía. Y él no ha hecho nada malo... ¿Cómo se siente usted, señor Bleine? — Gamon Udskat hablaba en tono grave. Su voz sonaba más hueca que por teléfono, pero dominaba bien el inglés — ¿Por qué no se sientan?

— ¿No sería mejor ir a su casa, señor Udskat? — propuso Eigg.

— Sí, Sí... Duane está asustado porque la policía ha ido al laboratorio donde trabaja. ¿De qué pueden acusarle? ¿De colaborar conmigo en el mayor descubrimiento químico de todos los tiempos?

— ¡No debimos hacerlo, tío! —exclamó Duane Smith.

— No —dijo Herb—. Usted puede tomarse las píldoras y convertirse en el hombre más famoso del mundo. ¿O sabían lo que podía ocurrirles?

— Es que... Escuche, señor Bleine —replicó Duane —. Nosotros no podemos experimentar como hacen en los laboratorios. Gamon Udskat no posee título alguno. Y yo me gradué gracias a sus enseñanzas... El «lumpental» fue experimentado en varios animales de laboratorio.

— ¿Y qué?

— ¡Pueden acusarle de homicidio! —exclamó Marie.

— Por favor... Salgamos —propuso Gamon Udskat—. No tiene objeto hablar aquí de asuntos tan graves. Sabía que usted vendría a verme tarde o temprano. Me extrañó que no lo hiciera antes, pero comprendo que ha estado muy ocupado haciéndose importante... En eso no pensamos ni Duane ni yo. ¡He ahí un modo de hacerse rico! Y yo creí que los sabios médicos norteamericanos le llevarían de hospital en hospital, tratando de averiguar qué clase de virus se había alojado en su cerebro.

«Uncle Candy» se había puesto en pie y se dirigía a la puerta. Pero al poner el pie en el primer escalón, un grupo de hombres le interceptó el paso. Herb Bleine reconoció a algunos de los hombres del F. B. I. y la C. I. A. que le habían dado escolta días antes. Entre ellos se encontraba Benny Colbert. Y fue éste quien reconoció a Herb, a pesar de su barba.

— ¡Pero si es el señor Bleine, en persona! ¿Qué hace usted aquí y disfrazado de modo tan ridículo!

— ¿A qué viene este despliegue de fuerzas?

— Buscamos a Duane Smith y a Gamon Udskat. Pero también hay cien mil policías en todo el país buscándole a usted. Se temía que hubiera sido secuestrado.

— ¡Qué tontería, Colbert! —replicó Herb despectivamente—. Me fui por mi propia voluntad. ¿No soy un ciudadano libre?

— Sí, claro. Pero desde Washington nos han puesto verdes.

— Lo entiendo perfectamente. Ya me han encontrado. Ésta es la

señorita Dewey, mi prometida, y éste, el doctor Kurt Eigg. Podemos ir al «Sheraton Hotel». El señor Udskat y Duane Smith vendrán con nosotros.

Benny Colbert no dijo nada. Pero salió al exterior y estuvo unos minutos hablando por radio desde uno de los coches. Cuando volvió, dijo:

— De acuerdo. Iremos al «Sheraton». Pero hay una denuncia contra Gamon Udskat y Duane Smith. Se les acusa de adulteración de medicamentos

— ¡No me haga reír, Colbert! — exclamó Herb, que ya se había quitado la barba postiza y se frotaba continuamente el rostro—. La única adulteración de medicamentos que estos hombres han realizado no ha ocasionado una víctima, sino que ha sido un descubrimiento extraordinario.

— Yo no puedo decidir a ese respecto. Tengo órdenes de llevarles a todos al «Sheraton Hotel».

— Aclaremos esto, Colbert. Gamon Udskat no está detenido. Viene conmigo y con el doctor Eigg para estudiar mi caso entre todos. Y no intervendrán más personas que las encargadas de mi seguridad e intereses, de lo contrario, salgo inmediatamente para Washington.

Había otro hombre esperándoles cuando llegaron al «Sheraton Hotel». Se presentó como el Comisionado Robert Turner, del Departamento de Justicia, y parecía poseer plenos poderes para actuar en el caso Herb Bleine.

— Jurídicamente —habló Turner, una vez presentadas sus credenciales —, queda usted bajo la tutela de una comisión especial del Departamento Federal de Justicia. Y mientras dure la encuesta que hemos recibido órdenes de iniciar, no puede usted dar conferencias, hacer demostraciones extrasensoriales y, muchos menos, utilizar sus poderes extraordinarios para captar, percibir o adivinar, llámenle como quieran, las ideas o los pensamientos de nadie.

— ¿Qué significa esto? —exclamó Herb— ¡Pretenden ustedes inmiscuirse en mi vida privada!

— Sólo pretendemos proteger a la sociedad, señor Bleine.

— ¡No tienen derecho a...! ¡Que venga Casius Karman! ¿Dónde está Jeff McCain? ¡Iré a ver al Presidente!

—Lo siento, señor Bleine. No puede usted hacer nada, sin consultar conmigo. Ni siquiera puede ir a Washington.

— Pero ¿se da usted cuenta de lo que dice, señor Turner?

— ¡Claro que sí! Quiero una declaración completa de todo lo relacionado con usted, señor Bleine. Pero no tengo inconveniente alguno en que dialogue con el señor Duane Smith, siempre y cuando se tome una grabación de todo.

Gamon Udskat no parecía asustado. Por el contrario, sonreía débilmente y miraba a su alrededor con suma atención, fijándose en todo lo que veía. Detrás de él y de Duane Smith siempre habían varios agentes del F. B. I.

* * *

— No sé lo que es el «lumpental» — dijo Gamon Udskat, sencillamente —. Lo he analizado una y mil veces y contiene algunos productos o sustancias desconocidas. ¿Cómo lo obtuve?

Era la pregunta que deseaba conocer todos los reunidos, desde Herb Bleine a Marie, pasando por el doctor Eigg y el profesor Anthony G. Carter, que también se hallaba presente en la reunión que tenía lugar en las habitaciones de Herb, en el «Sheraton Hotel».

— Lo encontré en un frasco de cristal, completamente sellado y lacrado, en el interior de la tumba de un Sumo Sacerdote egipcio... La tumba de Sheret está ahora cubierta por las aguas del Nilo, a consecuencia de la presa de Assuan. La descubrieron unos amigos, hace años, cerca de Abu Simbel. Como no podían recurrir a las autoridades, porque habrían ido a la cárcel, yo fui elegido para informarme del extraño hallazgo. Me dijeron que no habían encontrado nada de valor, excepto algunas joyas sin importancia. Pero me lo entregaron y las tablillas escritas en jeroglíficos.

»Yo era un mago para aquellos profanadores de tumbas. Tenía entonces una farmacia en El Cairo. Les hablo de hace más de quince años. Les di unas monedas y me quedé las tablas y el frasco. Pronto descifré el mensaje de Sheret, hijo de Horus.

»El elixir de la máxima sabiduría estaba en mis manos pecadoras. Lo estudié todo lo que pude, analizando una porción, y me encontré con sustancias desconocidas. Sin embargo, decidí probar con uno de mis hijos, Ahdmet, de treinta años. Le sobrevino la muerte. Esto me aterró. Las autoridades sospecharon algo y decidieron hacerle la autopsia. Un amigo me advirtió y escapé a Libia, de allí pasé a Europa. Luego, vine a los Estados Unidos, donde he permanecido hasta hoy. Aquí he trabajado aisladamente. Ayudé a Duane en sus estudios y él me ha ayudado a mí.

»Yo le facilité varias fórmulas farmacéuticas, que le han permitido ganarse un puesto bien renumerado en el laboratorio donde trabaja. Juntos hemos preparado ungüentos y pomadas que mucha gente utiliza como remedio contra diversas enfermedades. Todo esto ha salido del «Midget Physical Lab.», donde trabaja Duane.

»Un día le hablé del elixir de Sheret. Se llevó una muestra al laboratorio y la analizó meticulosamente. Salvo tres sustancias, todo lo demás procede de determinadas plantas y raíces que crecen en las orillas del Nilo. Pero esas tres cosas nos han hecho perder muchas horas de sueño, hasta que, un día, releyendo las tablillas de Sheret, encontré un error de transcripción. Entonces me aterré al pensar en que mi hijo Ahdmet había muerto por mi culpa. El elixir de la sabiduría máxima sólo actúa en determinados seres, que Sheret llama a los predestinados.

»Y es difícil, o, mejor dicho, imposible, saber quién es predestinado o no porque tal predestinación no se lleva en la sangre, que un análisis

revelaría, sino en las neuronas del cerebro.

»Deben saber ustedes, aunque no lo crean, que en la antigüedad existían muchos sabios, cuyo ciencia no era como la actual. Los conocimientos ocultos de los sacerdotes de Isis, se conservaban celosamente guardados en los templos para que no cayeran en manos de los profanos. ¿De dónde y de quién recibieron los sacerdotes aquellas ciencias ocultas? Me temo que sólo Herb Bleine nos lo pueda decir. El sí que, por fortuita casualidad, ha resultado ser un predestinado.

— ¡Pero usted me dijo que los efectos pasarían y, posiblemente, podía volverme loco! —exclamó Herb.

— Todavía no hemos llegado a eso —contestó Gamon Udskat—. Tenga un poco de calma. Deseo explicar lo que hicimos Duane Smith y yo no el elixir de Sheret y cómo se nos ocurrió convertirlo en píldoras, para ser repartido como muestra gratuita por algún, médico del medio rural.

»Duane puede explicarles detalladamente todo lo que hizo para saber a quién iba a parar la medicina. La caja que contenía el frasco tenía una seña. Él la depositó en un envío destinado a Kansas, a un centro distribuidor. Fue allí y, no sé con qué astucia, averiguó que el producto había sido enviado al doctor Finney, de Mulvane. Y, por último, una astuta llamada telefónica, nos informó de que Herb Bleine había sido el agraciado por la suerte.

»Después hemos comprendido que todo nuestro trabajo era inútil. Los medios informativos han hablado más que suficiente del caso Bleine.

— ¿Se dan cuenta de haber cometido un delito? — preguntó Bob Turner.

— Sí, un delito grave y terrible, el de no poseer un título universitario superior para poder administrar impunemente el «lumpental» a una serie de individuos, por hospitales y presidios, hasta encontrar el predestinado del Sumo Sacerdote Sheret. ¡Ah, yo sabía lo que buscaba! No importa, creo, que Herb Bleine acabe en un manicomio, si durante su clarividencia ha permitido descubrir ciudades de culturas desaparecidas, como en México y Túnez, o si aporta su genio a un fantástico avance de las ciencias.

»Uno es peón o soldado del ejército humano. Si se ordena atacar y morir, la tropa debe obedecer, no importa quién muera. La humanidad continúa viviendo.

El anciano árabe miraba a Herb con ojos brillantes, mientras hablaba. Y sus palabras hicieron reflexionar a aquél.

— No estoy satisfecho de la labor que ha realizado usted, señor Bleine. Eso de ganar montañas de dólares es lo que anhelan todos los americanos. Parece como si no existiera nada más importante que el dinero. Se lo dije a Duane, ¿verdad? Usted es un hombre privilegiado, pero cobarde. Sé que procede de familia humilde y que no tenía dinero ni para casarse.

»Ahora, sin embargo, lo tiene todo. Es un hombre muy importante, admirado por el mundo entero. ¿Qué cree usted que la humanidad espera de un hombre de sus facultades?

Herb se agitó, inquieto, en su asiento, pero no respondió.

— Yo pude haber sido lo que usted es ahora —siguió diciendo Gamon Udskat—. Pensé en administrarme el «lumpental»... ¡Ah, este nombre se lo hemos puesto Duane y yo! Nada tiene que ver con cualquier fármaco corriente. Es una especie de alucinógeno... Y me dije: «Si mueres, Gamon, como murió Ahdmet, todo se habrá perdido». Necesitaba experimentar con otros. Y eso hice. Sólo yo soy responsable...

— ¿Tienen todavía esa pócima, señor Udskat? — preguntó Kurt Eigg.

— Sí, algo me queda, por supuesto. ¿Quién quiere tomarlo? ¿Usted? ¿Y si no está predestinado? La muerte es casi inmediata.

— ¿Y cómo sabe que puede producirme la locura?

— Sheret lo ha dicho en su testamento. Pero no tengo la seguridad que sea cierto. Usted debe aprovechar el tiempo, señor Bleine. No pertenece a este mundo, pero está aquí. Ilumínenos a todos. Ése es su deber inexcusable... ¡Está por encima de la leyes!

Capítulo IX

— Exijo la libertad de estos hombres — dijo Herb Bleine, frente al Comisionado Turner—. A su modo, han realizado un importante labor científica, que podrá ser considerada ilegal y todo lo que ustedes quieran, pero que está contribuyendo a un progreso real y tangible en la historia de la humanidad.

»Acabo de darme cuenta de mis errores. Yo ignoraba todo esto. Ni siquiera me atrevía a hurgar en mi propio futuro, por temor a encontrarme con la negra oscuridad de la muerte.

»Ahora, analizándolo fríamente, comprendo que he sido un cobarde. Yo no significo nada en absoluto. Soy una ínfima parte del conjunto total del hombre.

»El señor Gamon Udskat ha aportado lo que ha podido y le ha acompañado el éxito. Ahora, no importa lo que ocurra. La herencia de Sheret ha sido transmitida. Ha surgido un predestinado.

»Si el temor a conocer mi suerte me hiciera huir, como he estado a punto de hacer, nadie me lo perdonaría jamás. He estado a punto de ser egoísta y perverso, pero, por fortuna, me he dado cuenta a tiempo.

»Y quiero que sepan todos los habitantes de este planeta, que me siento hermano con ellos. Lo diré aunque usted y sus leyes, que no se han hecho para mí, traten de impedírmelo.

— Lo siento, señor Bleine — replicó Robert Turner—. Pero obedezco órdenes muy superiores.

—¡No existen leyes para mí, señor Turner! Ya le dije al Presidente que no podía favorecer a unos, si ello perjudicaba a otros. Pero no sabía con certeza cuál era mi sendero.

»Ahora lo sé. Y si creo conveniente revelar secretos de estado, en beneficio de la humanidad, lo haré. A mí no me interesa en absoluto el éxito personal y particular de un dirigente político, ni los beneficios de una empresa comercial.

»Voy a dirigir mi capacidad extrasensorial hacia el bien común. Y usted sabe perfectamente que el bien general no suele estar de acuerdo con los intereses particulares de unos cuantos. Esas personas tendrán que conformarse.

— ¡Esas personas a las que usted puede lesionar también tienen derecho a defenderse! —exclamó Rober Turner.

— Correctamente. Que lo hagan. Estableceremos la pugna. Yo sabré cómo defenderme. No aconsejo a nadie que trate de causarme daño alguno mientras posea las facultades que tengo ahora.

El comisionado empezó a moverse inquieto en su asiento. Era una misión difícil y delicada la suya. Lo había presentido y ahora lo veía confirmado. La penetrante mirada de Herb Bleine parecía registrar todos los secretos de su mente.

— El poder público ha tratado de ganarme a su favor desde el primer momento. Y no es que yo esté en contra de los que dirigen los destinos de este país o del resto del mundo. No se trata de eso. Hay muchas cosas que están bien y otras que están mal. Yo no vengo a reformar nada. Pero deseo que se sepa la verdad, que es mí verdad.

»Sé que serán millones los que seguirán mis consejos. Y no puedo traicionar a esos millones para ayudar en las elecciones de un candidato a la presidencia. ¿Me ha comprendido usted?

— Sí, creo que sí.

— ¿Quiere que diga que el comisionado Robert Turner, elegido por el Departamento de Justicia para buscar el modo de desprestigiarme, es un hombre que ha llegado al puesto que ocupa de una manera indecorosa?

Robert Turner palideció.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Acusó falsamente un superior suyo, Earl Johnson, obligándole a suicidarse. La prensa, sin embargo, dijo que Johnson había muerto de un ataque cardíaco.

—¡No, no...! ¡Usted no puede decir eso! —exclamó Robert Turner— ¡No puede arruinar mi carrera política! ¡Yo tenía derecho a abrirme camino!

— ¡Con la verdad, pero la acusación fue falsa, inventada! ¡Ganó usted apoyo con la acusación!... Y voy a decirle algo más, Robert Turner. Me refiero a su futuro... ¡No vivirá usted ni seis meses más, sus días están contados!

— ¡No! —gritó Turner.

— Acabo de verle caer acribillado a balazos, en la puerta de su casa. La vigilancia se habrá ido...

Robert Turner se levantó y corrió hacia la puerta. Salió gritando desaforadamente:

— ¡No, eso no puede ser! ¡Yo no quiero morir!

Se hizo un dramático silencio en la estancia. Todos miraban a Herb Bleine, que parecía haberse transformado en el dios de la venganza.

— No se vaya, Gamon. Usted vendrá conmigo hasta que se acabe mi videncia. Ya hemos formado un grupo, todos los que habemos aquí, incluyendo a esos hombres del F. B. I. y la C. I. A., que renuncian a sus cargos para continuar a mi lado.

»Iremos de un lugar a otro del mundo. Hablaremos a todos los pueblos y a todas las gentes, pero que sepan la verdad... ¡Hay un Dios en los dominios de la eternidad metafísica! Y no lo he visto, pero sé que está allí. Y sólo Él nos salvará a todos.

* * *

— Yo no tengo futuro. He hurgado en mi mente, venciendo, al fin, el temor que me dominaba, y no he podido verme. Eso me ha tranquilizado.

No podía ser de otra manera.

Los altavoces colocados en Central Park difundían la palabra del orador, llevándola hasta millones de seres que escuchaban en el más absoluto silencio. Eran hombres, mujeres y niños que habían llegado de muchas ciudades del mundo para ver y oír al «Oráculo de la Verdad», como muchas gentes habían bautizado ya a Herb Bleine.

«¡El hombre que ha visto el futuro! ».

— Sí, yo he llegado más allá de veinte mil años y he visto despoblado nuestro planeta. Nada quedaba de esta orgullosa civilización. Todo estaba yermo, estéril, polvoriento, sin mares ni nubes. ¿Qué ha pasado con la Tierra?, me pregunté. Y hallé la respuesta en otros mundos.

»Debéis saber, hermanos míos, que todo nace y todo muere. Desde el más insignificante insecto hasta el más poderoso de los hombres, el mundo físico que nos ha creado nos reclama la materia que nos dio. Y nosotros hemos de devolvérselo, por sagrado designio.

»Cada ser, cada cosa, cada molécula, forma parte de un todo inmenso e indivisible, que está por encima de nuestra comprensión. A cada uno le ha tocado una época. Es su destino. Pero hay otro destino superior, espiritual o metafísico, llamémosle como hayan querido nuestros filósofos, que nos aguarda.

«De ese otro destino, no puedo hablarles. No lo conozco. Os hablaré de éste, porque para ello he sido elegido. Sabed que la casual circunstancia de nuestro nacimiento obedece a leyes naturales que el hombre jamás descubrirá, porque pertenecen al insondable misterio de la Creación del Universo.

»Que todos somos agentes físicos de la naturaleza y que evolucionamos con el conocimiento, creando espíritu de la razón, que no es materia. Ahí está todo. . Hemos dado valor a lo que no lo tiene. Creemos que la existencia es placer y no lo es. Tratamos de amarnos, sin éxito y de odiarnos del mismo modo. Y lo que parece paradoja, es ley natural.

»La humanidad seguirá cambiando. Ahora no es igual que hace siglos. Los primeros hombres no se formaron aquí, sino que vinieron de otros mundos; así, nuestros hijos, cuando empiecen a sentir que les falta el aire y el agua, emigrarán a otros planetas nacidos después que el nuestro, en donde formarán otra humanidad. No todos irán en sus naves al mismo sitio, ni se desarrollarán igual. Con el transcurso de los siglos, ninguno de nuestros descendientes se parecerán a nosotros, dado que ahora no nos parecemos a los seres de los que descendemos.

»Muchos pensadores que se las daban de sabios, creerse inspirados en la verdad, dijeron que fuimos primates, monos o antropoides. Y no es cierto. Siempre hemos llevado el germen de la razón, más o menos desarrollado. La raza humana, o sea las múltiples razas que componen el concierto universal, ahora, antes y mañana, siempre ha obedecido una ley colectiva de desarrollo. Pero en muchos planetas la vida se ha extinguido y

en otro se ha desarrollado extraordinariamente.

»Viene a ser como la historia de los pueblos, tal y como la conocemos. Han habido pueblos que han sido soberanos y señores. Luego, han decaído y otros pueblos han ocupado la soberanía. Lo mismo es en el orden cósmico.

»Pero no todos los mundos están habitados. Los que habitarán nuestros descendientes, dentro de millones de años, o miles de millones de años, porque el tiempo poco importa, posiblemente no han empezado a formarse aún.

»El universo es mucho más grande de lo que imaginamos. No lo podemos imaginar siquiera. Es un espacio infinito, real y tangible, que no podríamos recorrerlo jamás, aunque pudiéramos vivir siempre. Cuando llegásemos a la galaxia más remota, ésta en que estamos ya habría desaparecido, formándose otra en distinto lugar al mismo tiempo.

»Nosotros, como las plantas y los animales, tenemos ciclos periódicos de vida. Los machos viven más tiempo, para poder albergar a las civilizaciones en continuo desarrollo.

»Nada de cuanto ha descubierto el hombre es nuevo. Todo ha existido antes en otra parte. Nosotros debíamos saberlo, porque tenemos dos clases de memoria dentro del cerebro. Una nos ha sido facilitada en herencia, por nuestros antepasados. Es la orden de continuidad, reproducción, desarrollo, ambición. Todo eso es innato; la otra orden es el conocimiento adquirido. En realidad, es que vamos penetrando, poco a poco, dentro de nosotros mismos, nos aprovechamos de la herencia que se imprimió en el circuito de nuestras mentes a través de las distintas generaciones anteriores.

»Somos como máquinas a las que se les facilitaron los medios para reproducirse a sí mismas. Y nosotros, día a día, vamos perfeccionando esos engranajes, esas conexiones, los reláis y las células fotoeléctricas, para que nuestros hijos reciban, en nivel inconsciente, mayores conocimientos.

»Pues bien. Ésta es mi profecía, oídla bien: El mundo que habitamos no es único. Su corteza se agota. La tierra, que es vida también envejece. El hombre, para subsistir, ideará procedimientos que llamará artificiales, pero que será el fruto de la técnica y la ciencia, y permitirá al hombre resistir aquí bastantes siglos más.

»La diáspora se iniciará pronto, con las conquistas espaciales. Nuestra raza, evolucionada, irá a otros mundos, como antaño, nuestros antepasados fueron de un continente a otro. La era espacial terrestre se ha iniciado ya. Otros seres, de técnicas más avanzadas, ya viven en lejanos mundos y hasta nos han visitado, pero no se han mezclado con nosotros porque nada podemos enseñarles, dado que saben más que nosotros y, por tanto nos permiten proseguir nuestro desarrollo natural.

»Muchas de estas razas se han unido ya. Otras se unirán con el tiempo. Las generaciones del futuro no serán igual que ahora. Los cambios y las mutaciones se producen por necesidad de adaptación al medio ambiente

natural.

»Y ahora os hablaré de lo que todos estáis esperando. A pesar de mis promesas, vosotros queréis visiones de futuro inmediato. Vivís en un mundo que os parece injusto, desequilibrado y perverso. Mientras en unos pueblos se pasa hambre, en otros se desperdicia el alimento. Hay enfermedades, azotes, fenómenos naturales ciegos y calamidades espantosas.

»Oídme. La muerte nos impresiona porque siempre la hemos temido. Es la negación de la vida. Pero tan natural como todo cuanto nos rodea. Siempre se nacerá y se morirá. Nada, en lo físico, es eterno. Todo es cambiante. Hasta el más insignificante ser nace, crece, se desarrolla y termina por envejecer y morir después. Pero no se puede nacer y morir a fecha fija, ni tampoco vivir más allá de lo establecido en las leyes naturales. Por tanto, la muerte nos llega a cada uno de modo distinto, por una causa u otra. Es preciso que así sea; lo contrario sería absurdo. Comprender bien esto. Hay un relevo continuado, pero ni está exactamente medido ni nosotros podemos saber cuál será ese momento.

»Yo puedo saber, si me lo propongo, como será el fin de todos vosotros. Mas daos cuenta del trabajo que caería sobre mí si tuviera que decir a cada uno cuál será su vida y su muerte.

»En realidad, ya lo sabéis, en términos globales. Lo particular no importa. Nadie significamos mucho. Somos parte de un todo en continuo desarrollo. Se hacen cosas inútiles y otras útiles. Pero hay que hacerlas, porque lo útil de hoy puede ser inútil mañana.

»Son necesarias las leyes, y los gobernantes para aplicarlas, y los jefes para dirigir los pueblos hacia un destino común. De vez en cuando, un jefe pretende su propia egolatría. No importa. Por muy larga que sea su existencia, terminará desapareciendo. Y la corriente humana seguirá su curso inmutable, atrás y adelante, hasta que se cumpla el sagrado designio.

»Todos nacemos libres, tenemos derecho a ser libres. Y sin embargo, existe la esclavitud. Tampoco tiene eso la importancia que ciertos dogmáticos le dan. Todos sabemos que hay esclavos que viven más cómodamente que muchos hombres libres. Claro que nadie debería tener derecho sobre la vida de los demás, porque atenta a la estricta moral de la libertad humana. Pero no deja de ser un concepto más o menos abstracto.

»La naturaleza misma nos esclaviza y nadie se revela contra los elementos. El trabajo es recreo para muchos y azote para otros. La riqueza parece estar mal repartida. El pobre piensa que el rico es más feliz, porque tiene todo cuanto desea. Y yo os puedo mostrar claramente que eso no es cierto. Hay seres rodeados de lujo que son más desdichados que muchos míseros vagabundos. El mendigo, bajo su puente, puede sentirse en un palacio. El preso, en su celda, puede oír y cantar y hasta hacer bellísimas, poesías.

»¿Qué os gustaría saber? Lo podéis saber todo. Yo escribiré y hablaré

para vosotros todo el tiempo que pueda. Nadie tiene que darme nada, porque trabajaré para mantenerme yo y mi esposa. Soy un ser como cualquiera de vosotros.

»Dentro de poco, cuando se hayan decidido los científicos que estudian la herencia de Sheret, habrán otros hombres, como yo, que os dirán lo mismo, que verán cosas que yo no he visto. Puede que alguno penetre en el misterio de alguna enfermedad y encuentre el remedio o antídoto.

»Me consta que iremos mejorando lentamente. Pero mejoraríamos muchísimo más si todos, sin excepción, colaboramos al engrandecimiento y desarrollo de nuestra raza.

»Antes se creía que una raza eran unos seres circunscritos a una zona determinada del planeta. Los etnólogos, al clasificarnos, nos confundieron. Se creyó que el blanco era superior al negro o al amarillo. Eso es falso. Orgullo, política. Ningún hombre tiene derecho a menospreciar a otro. Pero el hombre tiene derecho a defenderse. Es ley de vida. Nos defendemos, si podemos, de todo lo que nos ataque. Y de ahí las leyes que se perfeccionan a medida que se desarrolla.

»Si un hombre mata a otro puede ser inducido por múltiples móviles. Puede estar sugestionado, dominado por la necesidad de matar. No se trata de un ser normal. La mente le engaña. Nadie mata por el simple hecho de matar, excepto el que desconoce las razones. Si es así, no es responsable. Pero nadie puede saber qué razones mueven a un hombre a matar a otro, a menos que él mismo quiera decirlas, si está en condiciones de hacerlo. Y puede querer mentir para salvarse.

»Dentro de algún tiempo, los hombres no tendrán cárceles, sino casas de salud. No habrán carceleros, sino médicos, y al enfermo se le atenderá, curándole de sus enfermedades.

»El trabajo, por otra parte, no será rudo y violento. La técnica ayudará cada día más al hombre. La cultura y la educación desarraigará vicios perniciosos.

»Es necesario que todos tengan un techo, un plato y unas prendas para vestirse. Toda la Humanidad ha estado luchando continuamente para conseguir eso. Y si comparamos el estado actual de la humanidad con el de los seres que vivían en la antigüedad, el salto ha sido gigantesco.

»¿Os dáis cuenta de por qué todo cuanto nos rodea es necesario? La muerte, no la temáis. Si un ser querido se va, llega otro. Siempre vienen más de los que se van. Depositan el amor que sentíais en los que se van, en los que vienen. Vuestro amor será cada vez más grande. Mirad como a un hermano al semejante y él os mirará así a vosotros. Perdonad las ofensas, que pueden haber sido hechas en un momento de enojo.

»¿No está todo eso escrito ya en las tablas de la ley de Dios? Por ello, dar gracias al Altísimo, cuyo designio sagrado ignoramos, y pensad en que tan gran Señor no puede ser mezquino, rencoroso ni vengativo.

»Somos hijos suyos, su obra más querida, y sea cual sea el destino que

nos depare, no puede ser malo. Tenedle siempre presente. Él os confortará, porque aunque su presencia no es material, lo que más cuenta en nosotros es el espíritu que formamos con nuestra vida.

Al terminar de pronunciar Herb Bleine estas palabras, una inmensa salva de aplausos atronó Central Park, donde la gente, emocionada, se abrazaba sin conocerse. Blancos y negros, confundidos en abrazos de hermano, llorando todos por la emoción, se arrodillaban, repartían lo que llevaban en los bolsillos, se quitaban prendas de ropa de precio para dárselas al desharrapado.

La conmoción que produjo aquel discurso se extendería por toda la faz de la tierra como un reguero de pólvora encendida. Herb Bleine había dicho lo mismo que Cristo dos mil años atrás, empleando otras palabras... Lo mismo que muchos hombres trataron de decir siempre, en un lenguaje que o no se quería entender o, en verdad, no se entendía!

EPÍLOGO

Casius Karman donó su fortuna al Nuevo Banco Mundial de Crédito. Sin embargo, continuó al frente de la oficina de Mulvane, donde asistía todas las mañanas para ocuparse de la marcha del negocio, el cual daba trabajo a mucha gente en todo el país.

Algo sustancial había cambiado en «Rosix & Karman», como en muchas partes. Ya no se buscaban beneficios económicos. Lo importante, por encima de todo, era atender al público, ayudarle y orientarle. Los cosméticos de la antigua casa «Rosix» eran tan importantes como podía ser un filete de carne o una pastilla de jabón. Y aunque la cosmética no cambiara mucho a una mujer, sí le ayudaba.

Casius Karman, a su vez, se había hecho socio del Club de la Hermandad, al que dedicaba voluntariamente dos horas diarias de su vida. El Club de la Hermandad era algo maravilloso. Allí podía acudir cualquiera, en demanda de ayuda. La asesoría del Club atendía todas las peticiones.

»La señora Grober, de Ridge Park, desea que alguien le ayude a pintar la cerca de su casa. Es viuda y tiene sesenta años. »Hombres como Casius Karman eran enviados a casa de la señora Grober, con brochas y pintura y no se retiraban, trabajando todos los días que fueran necesarios, el tiempo que hubieran dedicado a sus semejantes, hasta que la valla no estuviese pintada. Bien es verdad que la señora Grober, que poseía unas delicadas manos para bordar, dedicaba también unas horas —las que permitía su tiempo — a realizar primorosos bordados para no sabía qué mujeres que anhelaban aquel primoroso trabajo.

En todas partes surgían Clubs de la Hermandad. Las personas cumplían su trabajo normal y luego, a horas, ayudaban a sus semejantes.

El comisario Vincent Sheeffrey abrazó un día a su «agria» esposa y, algo torpe, le dijo:

— Quiero pedirte perdón por muchas cosas, querida.

— ¡Y yo también a ti, Vincent! ¡Te juro que ya no será como antes! ¡El tiempo que nos queda de vida lo dedicaré a complacerte!

No siempre pudo cumplir su promesa la señora Sheeffrey, pero lo importante fue que lo intentó. Y si algo en el hogar no iba como Vincent quería, él sabía comprenderlo y perdonarlo.

También en la comisaría de Mulvane se empezó a notar el cambio, algunos agentes presentaron su dimisión, alegando no ser psiquíatras para saber si detenían a un delincuente o a un enfermo. Preferían trabajar en otra cosa, de menos responsabilidad.

— ¡Es preciso que hayan agentes de la autoridad! — exclamó Sheeffrey.

— ¿Está usted seguro, comisario? —le replicó el agente Logan—. Si el mundo fuera como dice Bleine, nosotros no tenemos nada que hacer aquí.

— ¡Pero es que no lo es! Puede que algún día, sea así. Entretanto, este es nuestro puesto.

A pesar de ello, algunos agentes se fueron. Pero también se cometían delitos. No se puede cambiar a la humanidad de la noche a la mañana. Se siguieron cometiendo robos, estafas y hasta homicidios, aunque bien era verdad que tales delincuentes eran en su mayoría habituales y se sorprendieron mucho al darse cuenta del trato que recibían de la Ley. El camino de la redención estaba abierto. La comprensión de los demás enderezó a muchos.

No faltaba trabajo para nadie en ninguna parte.

Bastaba que alguien necesitara ganar unos dólares para comer, y en la primera puerta que llamaba se le ofrecía inmediatamente lo que necesitaba. No hubo fábrica que se hundiera por admitir personal. Y si la producción no se lograba vender, otras empresas la absorbían. La competencia dejaba de ser lo que había sido. El nuevo espíritu de colaboración se extendía a todos los niveles sociales, y tanto los gobiernos como los gobernados comprendían que era mejor así.

De los Estados Unidos salieron barcos cargados de trigo para muchos países pobres. Eran excedentes que se regalaban. Los armadores prestaban sus barcos para el transporte, los estibadores regalaban sus horas de trabajo para cargarlos. ¡No importaba que fuera destinado el trigo a pueblos que dormitaban bajo el sol, sin grandes ansias de superación, ni que el pan fuera comido por quién no lo merecía!

Todo el mundo merecía comer por el simple hecho de tener un estómago funcionando. Pero con el trigo y la leche, y el queso y la carne, también fueron hombres y mujeres a enseñar a los pueblos subdesarrollados. Los nuevos misioneros tenían un credo común: todos los hombres son hermanos. Ayuda y serás ayudado.

Aquella universal corriente pronto empezó a dar frutos. La tierra dejó de pertenecer a unos cuantos. El que no tenía vivienda, era ayudado por los demás a construirla.

Por vez primera se empezó a sentir desprecio por lo superfluo y estimar lo útil. La belleza era útil. El arte recibió apoyo. Un estudiante de pintor podía dedicar todas las horas que quisiera a su trabajo porque jamás le faltaba apoyo de los demás. Se había terminado el hambre para aquellos que, fuera del comercio o la industria, buscaban cosas nuevas en todos los terrenos.

Y el ocio también se respetó. Un hombre podía sentarse, si era su deseo, a ver romper las olas en la orilla del mar. Ninguna noche se iría a dormir sin cenar. Los Clubs de la Hermandad facilitaban muchas cosas, desde una cama limpia y blanda hasta un desayuno o una comida.

Hubo un hombre que había acariciado un sueño secreto toda su vida y, de pronto, se propuso realizarlo. Era el doctor Lionel Campbell. Primero consultó con su joven esposa. Luego, fue a ver a Herb Bleine a Kansas

City, porque Herb pasó una temporada rodeado de hombres de ciencia, y le expuso sus deseos:

— ¿Cómo podría yo ir a la Antártida, construirme allí un refugio y pasarme una larga temporada en la más absoluta soledad?

— ¿Y tu esposa, Lionel? —preguntó Herb.

— Ella no quiere venir. Prefiere irse a una playa tropical.

— ¿Y estás conforme?

— Por supuesto. Cuando nos hayamos cansado de vivir solos, nos volveremos a reunir.

— ¿Qué necesitas?

— Muchas cosas... No voy a la Antártida a morir de frío.

— Hazme una lista y dime el dinero que necesitas. Yo te lo daré.

— Es una suma algo crecida... He calculado más de un millón de dólares.

Herb sonrió, fue a su mesa y firmó un talón de dos millones de dólares.

— Toma, Lionel. Yo no necesito el dinero que tengo.

* * *

En la cátedra de Neuropsiquiatría de la Universidad de Kansas City, cuyo titular era el profesor Anthony G. Carter, se había desarrollado una investigación extraordinaria.

En primer lugar, se solicitaron voluntarios de distintas edades, para administrarles el «lumpental» que aportó Gamon Udskat. A los que acudieron se les explicó claramente lo que se proponían hacer.

— Ignoramos quien de vosotros está predestinado para admitir el «lumpental» — explicó Herb Bleine. — Sabemos, sin embargo, que muchos de los que no admitan la droga, morirán. Esto es así de simple.

»Pero hay más. Si entre vosotros hay alguno que admite la droga y su mente se ilumina, tampoco podemos garantizarle lo que va a ocurrirle. Creemos que, como yo, podrá aportar su videncia al descubrimiento de métodos científicos que mejoren las condiciones de vida del hombre, o que ayuden a las distintas ramas de la ciencia dentro de sus posibilidades, que pueden ser muchas.

»Pero, también, como yo, estará expuesto a que ocurra lo que predijo el sacerdote egipcio Sheret, y es que la locura nos destruya la mente y la oscuridad sea para nosotros el premio a nuestro valor, hasta que nos llegue la muerte. Pensadlo bien. Aquí queremos héroes y no podemos garantizar nada.

A pesar de esto, aunque algunos optaron noblemente por retirarse, hubieron muchos que se quedaron. Duane Smith estaba entre ellos. Aquel químico de laboratorio farmacéutico había tenido siempre la duda y la inquietud respecto a la pócima hallada en la tumba de Sheret.

Jamás se atrevió a tomarla. Pero el ejemplo dado por Herb Bleine, su entereza y la sabiduría adquirida por aquella transmutación mental, le

indujo a correr el peligro.

Duane Smith, químico, joven y valiente, murió. No estaba predestinado. Gamon Udskat, Kurt Eigg y Herb Bleine estuvieron con él hasta el último instante, confortándole. El joven no dejó de sonreír en ningún momento. Una de sus frases fue:

— Valía la pena probarlo ¿verdad, Herb?

— Sí, Duane. Valía la pena.

Aquella trágica experiencia no se realizó secretamente, ni mucho menos. Se divulgó por todos los países del mundo y prueba de ello fue que acudieron mujeres y hombres de todos los confines de la tierra.

Y no resultó un fracaso, ni mucho menos, porque entre cien seres a los que se administró el «lumpental», se encontraron doce predestinados, cuyas mentes se iluminaron casi a la vez que morían sus camaradas en beneficio de una ciencia cuyos orígenes se remontaban a miles de años.

Hubo un estudiante inglés, de veintiún años; una muchacha italiana, de veinticinco; un hebreo de sesenta y dos años — ¡extraordinariamente facultado, por cierto! — y de otros países. Los médicos, neurólogos, psicoanalistas y psiquiatras se ocuparon inmediatamente de todos ellos, abriendo expedientes en los que colaboraron casi todos los centros médicos importantes del mundo.

Había que averiguar lo que producía aquel estado de percepción extrasensorial que representaba una gigantesca aportación a las ciencias del hombre. Y, desde luego, los doce nuevos predestinados colaboraron con Herb Bleine, estudiando sus propios síntomas, a la vez que escudriñaron el pasado, el presente y el futuro.

El extraordinario y sexagenario David Ihrami aportó algo nuevo y maravilloso; algo que ni siquiera Herb Bleine había creído posible.

Un día, advirtió que iba a ocurrir un accidente en una gran industria de explosivos, de Detroit. Pero dijo:

— Lo he visto de un modo premonitivo. Deseo que Bleine se concentre conmigo y trate de ajustar su mente a la mía.

Herb no pudo ver el accidente. Pero como David Ihrami insistió, y dio toda clase de detalles, se advirtió a la factoría. Y el resultado fue algo que todos se negaban a admitir. ¡Lo que David Ihrami había previsto, y que los demás videntes no pudieron ver, no se produjo! Pero indicios técnicos hicieron suponer que el siniestro se habría producido, por las causas que adujo el vidente!

— ¡Esto es nuevo y formidable! —exclamó Bleine, cuando se supo el resultado—. Resulta que David no sólo ve el futuro inexistente, sino que sin su concurso se habría producido una catástrofe. Pero como no se ha producido, nosotros no podemos verla.

Aquel sexagenario, de origen israelí, salvó muchísimas vidas en poco tiempo. Pero al cabo de un mes, exactamente, empezó a desvariar. Se le hizo un encefalograma y se comprobó que había perdido totalmente la

razón.

Hubo que internarle en una frenocomio, donde permaneció recluido hasta su muerte, que se produjo dos años más tarde, Nadie pudo sustituirle.

Naturalmente, cundió la alarma entre los miembros del vasto equipo de la Universidad de Kansas City. La profecía de Sheret parecía cumplirse. David Ihrami fue la primera víctima, a pesar de que tomó el «lumpental» bastante después que Herb Bleine.

Por esta causa Herb se casó dos días después de la muerte del sexagenario. Pidió permiso a sus compañeros de trabajo, que se lo concedieron, y compareció con Marie ante un juez.

A su fiesta de esponsales asistió un escaso número de íntimos amigos. No quisieron dar excesiva publicidad al casamiento. Más que una boda, aquello podía interpretarse como un convenio legal, testamentario, en favor de Marie Dewey. Pero ninguno dejó de sonreír. Todos eran conscientes de su responsabilidad.

Tampoco hubo luna de miel. Herb Bleine tenía que volver a los laboratorios.

Y durante unas semanas, todo transcurrió igual. Pero, una noche, el doctor Kurt Eigg y Gamon Udskat, durante una charla en donde la medicina oficial se confundió con la esotérica farmacopea del viejo egipcio, surgió la chispa fulgurante.

— ¿Qué ha podido perder el «lumpental» durante su prolongado reposo en la tumba de Sheret? — preguntó Kurt Eigg, como por casualidad.

El viejo se quedó mirando al otro con expresión pensativa. Tal vez, desde alguna región ignota, el espíritu de Duane Smith intervino para sugerir:

— Iones, quizá.

— El reposo absoluto de la materia hace que todo cuerpo desprenda radiaciones iónicas.

— ¡Y el cerebro está compuesto de neuronas ionizadas! — añadió Eigg.

La chispa brotó entonces de modo fulminante.

— ¿Y si ayudamos al cerebro con los iones que haya podido perder la medicina mágica durante el tiempo de reposo? ¡Déjeme estudiar eso! ¡Algo debe haber!

Por un lado el doctor alemán y por el otro el extraño sabio egipcio, a la mañana siguiente se volvieron a reunir. Y ambos tenían muchas cosas que decirse.

— ¡Lo encontré en las tablillas, doctor Eigg! ¡En una que estaba rota y cuya interpretación me confundió! ¡El elixir del máximo saber es un reconstituyente del cerebro, el espíritu general del pasado, pero pierde pureza con el tiempo y daña! ¡«La luz se apaga con el tiempo», dice Sheret!

Y el neuropsiquiatra de Pankow dijo a su vez.

— Voy a decirle algo, Gamon. Cuando administramos el «lumpental» a

los cien voluntarios, hice que Herb Bleine tomase en secreto otra porción. Ahí es nada. Posiblemente, ya estaría muerto. Pero la nueva dosis puede prolongar su vida... ¡Podemos seguir administrándoles «lumpental» durante años, pero debidamente recuperado e ionizado!

— ¿Sabe cómo hacerlo?

— Por supuesto, amigo mío... ¡Y creo estar seguro de lo que hago, porque usted me ha ayudado con las palabras de Sheret!

Sin embargo, no fue fácil realizar lo que la teoría les señalaba. Pero Kurt Eigg reunió a numerosos hombres de ciencia y discutió con ellos la posibilidad que se le había ocurrido a él y a Udskat. El resultado de aquellas consultas no se hizo esperar.

Pronto, y con la ayuda de uno de los videntes, se estableció un sistema y se verificaron las primeras pruebas. El resultado fue un éxito total, pudiéndose establecer, de modo matemático, que la amenaza de locura que ya había causado una víctima, no se produciría.

La prueba la hizo Herb Bleine, audazmente, al escudriñar su propia mente, buscando en el futuro de su existencia lo que antes no había podido descubrir. Y ahora se vio a sí mismo, marcado por los años, viviendo en un mundo feliz, rodeado de una numerosa familia.

¡Y supo Herb que en su vejez no era ya un vidente!

Realizada esta experiencia en su propia casa, a solas con Marie, trató de comunicar su entusiasmo a su esposa:

— ¿Te das cuenta, Marie? ¡Esto significa que mi vida será larga! ¡Y no siempre podré percibir el futuro! ¡Mi poder extrasensorial se desvanecerá algún día, todavía no sé cómo! ¡Pero no corro peligro!

Marie no podía comprender muy bien.

— ¿Cómo sabes que ése es tu futuro? ¿Te has reconocido? ¿Eres, tú mismo u otro? Con el tiempo, las personas cambian...

— Sí, Marie. No me he visto como cuando me veo en un espejo, por supuesto. Tú tampoco eres igual ahora que entonces mañana. Has cambiado. Tenemos hijos y nietos. Vivimos en una casa que no se parece en nada a ésta...

— ¡Oh, Herb! —fue todo lo que pudo decir ella, echándose en brazos de él—. ¡Te quiero!

Herb la acarició. Recordó cuando se conocieron, en el autobús que les llevaba al trabajo. Todo aquello parecía ya muy lejano, en el tiempo.

— Yo también te quiero a ti, Marie... Quiero a todos los seres de este mundo y de otros, con los que uniremos nuestro destino en no sé qué lejana generación.

»La humanidad ha estado avanzando a ciegas, hasta que el destino puso a unos ladrones de tumbas sobre el sarcófago de un enigmático sacerdote egipcio, muerto hace miles de años.

— ¡Es extraordinario, Herb!

— ¡Maravilloso! ¿Sabes lo que me propuso ayer el Presidente? Quiere

que acepte el nuevo cargo que se está creando de Magistrado Supremo del país, con poderes para intervenir en los asuntos de gobierno y decidir en justicia por encima de él mismo.

— ¿Y qué le dijiste?

— Lo que he dicho siempre a los otros. Aceptaré si en todos los países del mundo se hace lo mismo. Lo ideal, sin embargo, sería la unión universal de toda la Tierra. Todos los hombres de este mundo unidos por unas mismas leyes y gobernados por un Parlamento mundial.

»De ese modo se acabarían las fronteras, las razas, los privilegios. El Presidente me dijo que soñaba y yo le dije que no, puesto que lo había visto en mi cerebro y era una realidad futura.

»Yo sé, Marie querida, que paulatinamente, iremos aboliendo barreras. Se generalizará un lenguaje común, nuevo. Antes, todos pretendían imponer a los demás su propia lengua. Pero ahora no ocurrirá así. Ni el ruso es mejor que el inglés, ni el español más completo que el francés. Habrá una academia general, mundial, con un lenguaje de esperanza para todos los hombres de la Tierra. No se harán leyes aquí y allá, sino una sola ley para todos los pueblos.

— ¡Oh, Herb, no puedo creerlo!

— Créelo porque te lo digo yo. Lo malo de todo esto es que hay mucha gente que ahora, cuando se conoce que el «lumpental» no nos enloquecerá, desean tomarlo.

— ¿Es qué no se terminó todo?

— Sí. Pero hay quien cree que podemos hacer más y queremos, para reservarnos el privilegio de ser superiores. Y pienso hablar al mundo entero, en la sala de conferencias de las Naciones Unidas, para tratar de convencer a todos que el «lumpental» se acabó y que no se puede hacer de nuevo. Pero deseo que todos sepan también que cuando se pasen los efectos, los doce videntes de Sherte volveremos a ser lo que éramos antes, o sea individuos corrientes.

— No tan corrientes, Herb. De no haber sido por vosotros, que habéis arriesgado vuestras vidas, la humanidad no estaría ahora iniciando este maravilloso sueño.

— Por nosotros y por los que murieron en la experiencia — musitó Herb —. Habremos de alzar un monumento al heroísmo de todos ellos. Jamás les pagaremos lo que hicieron.

— Sí, fue un sacrificio sublime.

— ¡Aquellos seres han hecho el milagro de devolver la fe de los hombres en sus semejantes!

FIN

BOLSILIBROS TORAY





TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.